

FRUTOS PARA REDENCIÓN



Osvaldo Rebolleda

FRUTOS PARA REDENCIÓN



Oswaldo Rebolleda

Este libro No fue impreso
Con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

República Argentina

rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **Portales de Gracia**

Revisión literaria: **Autores Argentinos**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción	5
Capítulo uno:	
La esencia del Redentor	11
Capítulo dos:	
Inútiles o competentes	20
Capítulo tres:	
El amor que libera	34
Capítulo cuatro:	
El gozo que libera	44
Capítulo cinco:	
El valor de la Paz	59
Capítulo seis:	
El poder de la paciencia	70

Capítulo siete:

El resplandor de la benignidad.....82

Capítulo ocho:

La Fe que redime.....90

Capítulo nueve:

Viviendo bajo el gobierno divino.....101

Reconocimientos.....114

Sobre el autor.....116



INTRODUCCIÓN

“Fortaleced las manos cansadas, afirmad las rodillas endebles. Decid a los de corazón apocado: Esforzaos, no temáis; he aquí que vuestro Dios viene con retribución, con pago; Dios mismo vendrá, y os salvará.

Entonces los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo; porque aguas serán cavadas en el desierto, y torrentes en la soledad.

El lugar seco se convertirá en estanque, y el sequedal en manaderos de aguas; en la morada de chacales, en su guarida, será lugar de cañas y juncos.

Y habrá allí calzada y camino, y será llamado Camino de Santidad; no pasará inmundo por él, sino que él mismo estará con ellos; el que anduviere en este camino, por torpe que sea, no se extraviará”.

Isaías 35:3 al 8

Elegí este pasaje de Isaías para encabezar la introducción, porque la figura de este glorioso capítulo profético, contiene diferentes receptores, y diferentes tiempos de cumplimiento. Es una de esas palabras en las que Dios envasó algunos misterios gloriosos en diferentes dimensiones.

Isaías habló principalmente para el pueblo judío, tanto de lo que fue el regreso del cautiverio babilónico, como de la

restauración que obtendrán en los tiempos finales, pero también se refirió a la Iglesia, porque algunos aspectos fundamentales de este pasaje no se pueden cumplir sino en la persona de Cristo.

Él es el camino de santidad, Él es el camino por el cual el inmundo no puede pasar, y Él es el camino por el cual podemos encontrar absoluta liberación. Isaías dijo que por torpe que podamos ser, no nos extraviaremos, y es muy importante comprender esta expresión, porque a los diseños divinos, no podemos acceder haciendo un profundo estudio teológico, sino simplemente por la gracia soberana. Nosotros lo único que podemos aportar a partir de la vida, es un corazón sincero y doblegado en humildad.

La libertad es un hecho consumado en Cristo, pero, al mismo tiempo, es un proceso de revelación en nuestro diario vivir (**Juan 8:32**). Es decir, en Él somos libres de la condenación eterna, pero vamos siendo liberados de nosotros mismos, de nuestras limitaciones, de nuestros paradigmas, de ciertos complejos, o de posibles temores. El avance de la libertad es muy importante, porque si no somos libres, tampoco podemos contribuir a la liberación de otros.

En el Reino, los procesos de la libertad no están vinculados a nuestros deseos, sino a la revelación de la verdad, y a nuestra obediencia a ella. La madurez espiritual es sinónimo de libertad, y se evidencia a través de la fructificación. Aunque no comprendamos cómo funciona su

dinámica, la manifestación de la misma es muy liberadora para los demás.

Este no es un libro de evangelismo, sino de gestión para la libertad. Nosotros no podemos salvar personas, de eso se ocupa la gracia soberana del Señor. No hay métodos para generar esa libertad, lo único que podemos hacer al respecto es hablarles y darles testimonio de la verdad. Es por eso, que al expresar la vida espiritual a través de los frutos, la evidencia de los mismos y el alimento que proporcionan, puede ser muy liberador para muchos.

Si buscamos la definición de la palabra “Frutos”, encontraremos que procede del latín “*fructus*”, nombre que da su resultado a partir del participio del verbo “*frui*”, que significa gozar de, disfrutar de, hacer uso de, o consumir. El “*fructus*” es, pues, lo que se goza, lo que se disfruta, o lo que se puede consumir después de nuestro esfuerzo de productividad. Debemos notar que, en su definición, el fruto tiene un valor de mero disfrute, a través de su lógica apreciación y consumo.

Pero este tampoco es un libro que persiga la idea de analizar las características de los frutos espirituales. Bueno, en realidad el apóstol Pablo no dice los frutos del Espíritu, sino el fruto del Espíritu, dando a entender como si en realidad cada fruto mencionado en **Gálatas 5:22 y 23**, fueran componentes de una sola esencia. Diría que es como un racimo de uvas, que es el fruto de la vid, pero en realidad, está compuesto de muchas uvas.

Aclarando esta cuestión, en adelante mencionaré el fruto o los frutos con toda libertad, sabiendo que todos tienen la misma esencia para expresar a Cristo, pero a la vez son diferentes entre sí. Lo cual es muy importante, para comprender el rol que cumplen respecto de la otra palabra clave que utilicé en el título de este libro, porque es la que hace de este material, algo absolutamente diferente y revelador.

Me refiero a la palabra “Redención”, de la cual encontraremos que es un concepto cuya raíz etimológica se encuentra en la palabra “*redemptio*”, que es un vocablo de la lengua latina. Se trata de la acción y la consecuencia de redimir, de salvar o rescatar a alguien de cierto compromiso, librarlo de la esclavitud, o dar por terminado un castigo.

Cualquiera podría preguntarse: ¿Qué tienen que ver los frutos con la redención? Bueno, este libro nos llevará por un camino práctico, a descubrir que los frutos espirituales que hemos recibido como Iglesia, y que debemos producir, son para evidenciar la vida, pero también para la redención de cautividades individuales, familiares, y aun de ciertos patrones de comportamientos sociales, que son muy esclavizantes para nuestras ciudades y naciones.

La redención constituye uno de los dogmas centrales de nuestra fe, que reconoce a Jesucristo como el Redentor absoluto, pues tal como lo analizo en el primer capítulo, fue Él, quien murió en la cruz para salvar a la humanidad de la

muerte, abriéndonos las puertas del Reino de los Cielos, en un sacrificio perfecto, único y suficiente.

Es claro que en este libro, no me referiré solamente a la redención como el diseño por el cual Jesucristo nos liberó de la condenación y la muerte eterna, sino más bien a la expresión de la vida de Cristo, que nosotros debemos manifestar, como el mensaje de salvación más efectivo que podemos dar al mundo. Me enfocaré en la liberación que se produce cuando producimos frutos espirituales, no solo al poder mostrarlos, sino cuando además brindamos la posibilidad de que las personas puedan comer de ellos.

En lugar de ver los frutos como simples virtudes de carácter, deseo enseñarles que son poderosos medios de liberación. Este punto de vista nunca lo había escuchado, y nunca lo he enseñado oralmente de la manera en la cual lo desarrollo en este libro, supongo que a partir de esta edición comenzaré a hacerlo, lo que quiero decir, es que esta enseñanza surgió en mi corazón primeramente para ser escrita, y por eso creo que este libro es muy especial.

Página a página me fui sorprendiendo gratamente de lo revelador que es este tema, y por tal motivo, estoy más que feliz de presentarles este libro. He invitarlos a invertir un poco de tiempo y atención en él. Realmente creo que valdrá la pena, porque descubrirán, tal como lo hice yo, que el Señor, a través de la fructificación, nos ha otorgado poderosas llaves de liberación. Sin dudas, los frutos son portadores del mensaje del Reino, y la esencia de Cristo en

ellos, ciertamente tiene el poder de liberar a quienes los descubran.

En mis años de ministerio, enseñé muchas veces sobre la liberación espiritual, pero nunca lo hice con el enfoque que les presento en este material, espero que puedan disfrutarlo y que el Espíritu Santo, les revele mucho más de la persona de Cristo, y del fluir de Su vida, porque Su esencia es un inagotable manantial de liberación.

“Ahora bien, el Señor es el Espíritu; y, donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad”.

2 Corintios 3:17



Capítulo uno

LA ESENCIA DEL REDENTOR

“Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”

Marcos 10:45

Un redentor es alguien que redime; alguien que paga un precio por la libertad de otro. Jesús vino a rescatarnos, a comprarnos por precio de sangre, y es por eso que lo mencionamos siempre como nuestro Redentor, pero en realidad. ¿Qué significa y cómo se produce Su obra de redención?

La Biblia encierra un misterio respecto de Cristo como Redentor, y lo considero un misterio porque es algo que nadie comprende de manera absoluta a menos que primeramente haya sido liberado. Lo cual es muy paradójico, porque cualquiera pensaría que para ser libre a través de la obra de Cristo primero debería comprender cómo fue.

En realidad, esto es algo que podría discutir teológicamente con cualquiera, pero no perderé un instante en este libro para tal asunto. Si alguien desea alcanzar mayor comprensión al respecto, puede encontrar detalles en mi libro titulado “Salvados por Su gracia”.

Si una persona realmente ha nacido de nuevo, debería saber que no recibió eso por entendimiento, sino por gracia soberana. Considero absurdo que, luego de recibir la vida de Cristo, analicemos la posibilidad de haberla recibido por comprensión intelectual. El apóstol Pablo escribió:

“Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición, porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero.”

Gálatas 3:13

A menos que alguien se convierta de la religión a la vida de Cristo, nadie puede saber cuál es la maldición de la Ley, ni por qué motivo la maldición de un ejecutado puede caer sobre nosotros. Aun así, si alguien recibió una instrucción teológica antes de su conversión, debe tener en claro que eso no le otorgó vida, sino que la llegada de la vida, que es la luz (**Juan 1:4**), le produjo la revelación necesaria para la comprensión de la verdad.

Es por este motivo que considero la obra del Redentor como un verdadero misterio para el mundo, pero un verdadero tesoro para nosotros, quienes por la gracia soberana somos hijos de la Luz. El conocimiento de la verdad

es lo que nos hace libres (**Juan 8:32**), y no puede haber tal conocimiento sin regeneración, lo cual pone el diseño solo en las manos de Dios.

Por nuestros pecados, todos merecemos la maldición de Dios, pero Cristo la llevó por nosotros a la cruz conforme a la Ley. Dios trató a Jesús como si hubiese vivido nuestra vida, para tratarnos como si nosotros hubiésemos vivido Su vida. Esto es extraordinario y conmovedor, por eso es muy enriquecedor sumergirnos en su comprensión.

“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”

2 Corintios 5:21

Algunos piensan que el perdón de Dios es una cuestión emocional, donde prima el sentimiento de Su amor por nosotros, pero esa es una manera muy humana de comprender la redención. La verdad es que el amor, como sentimiento, jamás hubiese postulado al Hijo para la crucifixión. Como veremos en el capítulo tres, el amor de Dios, nada tiene que ver con el amor humano.

Ciertamente, en Su misericordia se propuso salvarnos para alabanza de Su gracia (**Efesios 1:6 y 7**), pero no lo hizo pasando por alto Su justicia, así que envió a Su Hijo para hacerse cargo, pagando lo que solamente Él podía pagar, librándonos de la muerte eterna. Cristo fue la propiciación por nuestros pecados; en otras Palabras, en Él fue descargada toda la ira de Dios que solo nosotros merecíamos.

“Pero ahora, sin la mediación de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, de la que dan testimonio la ley y los profetas. Esta justicia de Dios llega, mediante la fe en Jesucristo, a todos los que creen. De hecho, no hay distinción, pues todos han pecado y están privados de la gloria de Dios, pero por su gracia son justificados gratuitamente mediante la redención que Cristo Jesús efectuó. Dios lo ofreció como un sacrificio de expiación que se recibe por la fe en su sangre, para así demostrar su justicia. Anteriormente, en su paciencia, Dios había pasado por alto los pecados; pero en el tiempo presente ha ofrecido a Jesucristo para manifestar su justicia. De este modo Dios es justo y, a la vez, el que justifica a los que tienen fe en Jesús”.

Romanos 3:21 al 26 NVI

Por la gracia y mediante la fe, no solo somos perdonados, sino que somos justificados en la persona de Jesucristo. En los días de Su carne, Jesús perdonó pecados, porque Él era la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda la creación (**Colosenses 1:15**), y si alguien lo veía a Él, lo veía al Padre (**Juan 14:9**), por eso hubo pecadores que recibieron perdón, pero Jesús no pudo justificar a nadie hasta que no derramó Su sangre en la cruz del Calvario.

El perdón es la eliminación de la pena de nuestros pecados, pero solo la justificación es la que puede eliminar la acusación misma. Es decir, la causa que teníamos por causa del pecado. Cuando Jesús perdonaba pecados, siempre decía **“Vete y no peques más...”** El problema es que todos

volverían a pecar nuevamente, porque tal cosa, como no pecar más, era, y es, una cuestión imposible para cualquier ser humano. Incluso para los que estuvieron personalmente con Jesús.

La justificación absoluta solucionó el problema de las causas pasadas. Los seres humanos, no somos pecadores porque pecamos, sino que pecamos porque somos pecadores. Eso implica que podemos ser perdonados, pero la única manera de dejar de pecar es muriendo, porque el pecador no tiene remedio. Hay cristianos que todavía creen en ellos mismos, y piensan que pueden vivir sin pecar para ser salvos.

En realidad, quienes piensan así, anulan el poder de la cruz. El Nuevo Pacto, solo se puede vivir en Cristo, y a Cristo se entra por vida de resurrección, no por cambio de conducta. No es posible para un árbol malo dar frutos buenos (**Mateo 7:17 y 18**), no es una cuestión de deseos, sino de posibilidades. Por eso, en la cruz, Jesús mató al pecador, y al tercer día resucitó para meternos al Nuevo Hombre.

Jesucristo llevó en Su persona a todos los pecadores a la cruz. Él murió por todos, y resucitó para darnos vida nueva (**Romanos 6:4**). Por eso dijo que era necesario morir, sembrándose para dar mucho fruto (**Juan 12:24**), y ese fruto proviene del árbol de la Vida, por eso es de una simiente santa, eterna e indestructible (**1 Pedro 1:23**).

Un ministro del evangelio estaba hablando a un grupo de estudiantes acerca de la obra de Cristo en favor del

hombre, y usó la ilustración de un juez que tuvo que tratar el caso de su propio hijo, quien había sido acusado de conducir en forma negligente. La acusación era fácil de sustanciar, por lo que el juez aplicó la multa más elevada que la ley le permitía. Luego dio por terminada la sesión, bajó del estrado, y él mismo pagó la multa de su hijo.

Entonces una jovencita que había estado escuchando muy atentamente la ilustración, objetó: “Sí, pero Dios no puede bajarse de su estrado para pagar nuestra multa”. El ministro le respondió con renovado entusiasmo: “Usted me ha dado la mejor ilustración de la encarnación, porque Jesús, que era verdaderamente Dios, dejó Su Trono, bajó de Su estrado, y tomó la naturaleza humana para pagar la deuda de sus hijos extraviados, y como no podía pagar con dinero, porque la condena era la muerte, murió por todos nosotros”.

Jesús fue hecho maldición por nosotros (**Gálatas 3:13**), al llevar Él mismo nuestros pecados en Su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia (**1 Pedro 2:24**). Esta dimensión del plan de la redención se había anunciado en el Antiguo Testamento con siete siglos de anterioridad, cuando el profeta Isaías escribió:

“Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; más Dios cargó en él el pecado de todos nosotros”

Isaías 53:6

La Escritura dice que Jesús fue ofrecido por el Padre como propiciación, es decir, para satisfacer Su justicia, la cual demandaba la muerte del transgresor. Por eso Jesucristo se convirtió en una ofrenda de sacrificio a Dios en olor fragante (**Efesios 5:2**). A causa de ello, Dios sigue siendo absolutamente justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús (**Romanos 3:26**).

Jesús no solamente llevó el juicio de Dios sobre Sus hombros, sino también en lo más profundo de Su corazón. El **Salmo 22:14**, que habla proféticamente de los sufrimientos de Cristo en la cruz, dice: *“Mi corazón fue como cera, derritiéndose en medio de mis entrañas...”* Esto indica que en Su sufrimiento Jesús no solo padeció externamente, sino también internamente, lo cual es muy importante, porque eso no solo produjo nuestra redención ante Dios, sino que también pudo producir nuestra libertad interior.

Ahora ya no hay condenación para nosotros (**Romanos 8:1**). De hecho, Cristo resucitó al tercer día, lo cual prueba que su sacrificio fue aceptado, nos ama y es nuestro intercesor eterno delante de Dios (**Romanos 8:34**), y tendremos vida eterna junto a Él por siempre (**Juan 3:16; 14:19; 17:3**). Sin duda, estas son las buenas noticias del evangelio del Reino.

La redención es un misterio, porque Jesucristo no puede ser separado de Su obra redentora. Es decir que Él mismo es nuestra redención, con lo cual, la redención no es

simplemente un acto, sino que también una "Persona". Así como Cristo es la verdad, también es nuestra Justicia.

La redención es un misterio, no solo porque sus profundidades están vedadas a quienes no han recibido la luz, sino porque sus alcances son tan extraordinarios que aunque pretendamos leer mil veces el Nuevo Testamento, estudiando minuciosamente cada versículo relacionado con el Redentor y Su obra consumada, no obtendríamos una comprensión definitiva.

La obra consumada de Cristo, como Redentor, es tan grandiosa e inclusiva, que necesitaríamos ir a los altares del Antiguo Testamento, a los sacrificios, a los utensilios y el servicio de los sacerdotes, y aun así, nos quedaría mucho por descubrir. De hecho, al escudriñar la Biblia, llegamos a comprender que Su muerte es eterna, por lo cual tampoco tuvo principio ni fin.

Con eso solo, tenemos para meditar largos días, ya que históricamente hubo un día en el Calvario, pero Su redención fue atemporal, ya que según **Apocalipsis 13:8**, a los ojos del Padre, Cristo fue inmolado desde antes de la fundación del mundo. Por lo tanto, Él es el Redentor eterno.

Esto es glorioso, porque nosotros siempre vinculamos a la eternidad con el tiempo, pero en realidad, eternidad es algo que no puede ser medido por el tiempo, con lo cual nos abre otro gran portal de pensamiento. Si lo desean, también

pueden profundizar más sobre esto, a través de mi libro titulado “El misterio de la Eternidad”.

Por ahora, y a los fines que persigo en este libro, entender lo básico de nuestro Redentor y Su obra, es suficiente, porque los capítulos siguientes engrandecerán esta cuestión de manera extraordinaria, se los puedo asegurar.

“Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios...”

1 Corintios 6:20



Capítulo dos

INÚTILES O COMPETENTES

Como está escrito:

“No hay justo, ni aun uno;

No hay quien entienda,

No hay quien busque a Dios.

Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles;

No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.”

Romanos 3:10 al 12

El apóstol Pablo, en este pasaje de Romanos, comienza aclarando que citará un texto antes escrito. Ciertamente haciendo referencia a los **Salmos 14:1 al 3**, y el **Salmo 53:1 al 3**. En estos pasajes hay una clara descripción de la falta de justicia de todas las personas, y la necesidad de la gracia divina para la salvación.

Las Escrituras no dejan lugar a ciertas discusiones teológicas, sobre la depravación humana, y aunque siempre hay algunos que ponen mucho empeño en discutir, creo que

no quedan dudas en el hecho de que haga lo que haga, el hombre no puede alcanzar justicia por sus propios méritos.

Por otra parte, el texto dice que *“No hay quien entienda”*. Esto no es una cuestión de inteligencia intelectual, simplemente es un hecho, que ninguna persona que no haya recibido la gracia de la regeneración, puede llegar a entender las verdades espirituales del Reino. Eso fue exactamente lo que Jesús le explicó al maestro Nicodemo en **Juan 3:3**, diciendo: *“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”*.

La regeneración es necesaria, porque nuestra vieja vida de pecado está corrompida, no es capaz de ver lo espiritual, y no tiene virtud alguna como para hacer posible una comunión con Dios. Nadie puede vivir una vida de Reino sin regeneración, y nadie puede entender su dinámica, porque lo espiritual debe ser entendido espiritualmente (**1 Corintios 2:14**).

Nicodemo era un maestro de la Ley, un hombre que conocía perfectamente las Escrituras, pero eso no le alcanzaba para ver el Reino, y mucho menos para entrar en él (**Juan 3:5**). En otras palabras, alguien puede conocer muy bien la Biblia, pero si no ha nacido de nuevo, no puede vivir bajo el gobierno de Dios.

Por otra parte, esa incapacidad que todos los seres humanos padecemos, no nos permite siquiera buscar a Dios, por eso necesitamos que fuera Dios mismo, quien tuviera la

iniciativa para que nuestra redención se llevara a cabo. Es más, así como no pudimos ver, ni entender, ni salvarnos, tampoco pudimos ser útiles para el propósito, antes de ser alcanzados por Su gracia.

Esto debe ser muy trascendental para quienes hemos recibido la vida, porque si antes fuimos inútiles en nosotros mismos, quiere decir que lo seguimos siendo. Me refiero a nuestra competencia. Todos sabemos que en Cristo hemos sido equipados y empoderados para toda buena obra, pero bien lo enseñó el maestro: ***“Cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos”*** (Lucas 17:10).

Esta no es una realidad solo basada en hacer lo que se nos manda, sino en la capacidad para lograrlo. Jesús sabía que hasta que Él no se impartiera sobre cada discípulo, ninguno tenía la capacidad de comprender todo, y mucho menos de obrar para el Reino. Ni sus discípulos fueron competentes, ni nosotros lo seríamos de no haber sido por la gracia de Su resurrección, y el Pacto que nos gobierna.

El apóstol Pablo lo explica muy bien en su segunda carta a los corintios: ***“Y tal confianza tenemos mediante Cristo para con Dios; no que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios, el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, más el espíritu vivifica”*** (2 Corintios 3:4 al 6).

Como traduce la versión Dios Habla Hoy: ***“El Señor nos ha capacitado para ser servidores de una nueva alianza... basada en la acción del Espíritu”***. Tal declaración afirma nuestro llamamiento al servicio a Dios y al prójimo, así como establece el hecho de que, por la acción del Espíritu Santo, somos capacitados para cumplir la tarea del servicio cristiano. Si no fuera por Él, simplemente seríamos incapaces de realizar cualquier operación de servicio.

La palabra “competente” que utiliza Pablo, fue ***“hikanoo”*** que quiere decir “calificado”. Tiene el sentido de hacernos aptos, preparados o adecuados para una tarea determinada. Tener en claro que nuestra competencia, nuestra calificación, nuestra autorización proviene de Dios, determinará el éxito de nuestro ministerio, y nos liberará siempre de la presión por obtener resultados.

Todos podemos ser ministros del Nuevo Pacto, mientras tengamos la vida de Cristo operando en nosotros, que es la única esencia por medio de la cual se puede manifestar el Reino. Por otra parte, seremos efectivos si llevamos una vida crucificada para la muerte del “yo”, y una vida fluyendo en los elementos de la resurrección.

Cuando Pablo dice: ***“El cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto...”*** La palabra griega traducida como ***“hizo”***, también significa capacitar, hacer aptos, hacer competentes. Por su parte, la expresión ***“no de la letra”***, no modifica la comprensión de la palabra ministros, pero sí la esencia de esa función, que ahora no está

basada en la simpleza de la letra, sino en los códigos de vida que esta propone.

Ahora necesitamos absoluta dependencia del Espíritu Santo, porque Él es quien vivifica la comprensión y la voluntad del Padre, en la Persona de Cristo, porque es en Él, en quien vivimos el Nuevo Pacto. Por el contrario, el ministerio mosaico del Antiguo Testamento, no tenía como fundamento la vida para recibir la luz de la verdad, sino que el simple acatamiento de la letra era suficiente.

Aun así, el apóstol Pablo, nos dice que la letra mata, porque la Ley solo demanda, pero no suministra la vida, ni la capacidad para cumplirla, y al final solo produjo muerte (**Gálatas 3:21**). Por el contrario, el Espíritu, quien es la máxima expresión de Dios, nos imparte la vida y la capacidad, para que seamos ministros competentes del Nuevo Pacto.

Si deseamos que la vida del Espíritu se manifieste en nosotros, necesitamos mantener una buena comunión con Él, y cuanto más profunda y comprometida sea, más evidenciaremos Su dirección y Su esencia. Por otra parte, Él, en nosotros y nosotros en Él, producirá frutos para la gloria de Dios y, como lo veremos, también lo pueden ser para redención.

“Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más

fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros.

Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer”.

Juan 15:1 al 5

Cuando Jesús les enseñó esto a sus discípulos, hacía solo unos momentos que habían tenido la última cena antes de ser sacrificado. Después de cenar se dirigían al jardín de Getsemaní, y por el camino les estaba dejando sus últimas palabras antes de morir, en las cuales vemos claramente el valor que tiene para Dios, nuestra fructificación, así como también el entendimiento de la fuente que la produce.

Puede haber muchas vides, pero solamente una es la verdadera. Jesús es el único árbol del que puede manar la vida verdadera. En el Antiguo Testamento muchas veces se hace referencia a Israel como la vid (**Salmos 80:8 y 9**). De hecho, los discípulos estarían familiarizados con esta idea, incluso en las puertas del templo había una vid grabada en oro que representaba a la nación de Israel, y por supuesto, los judíos se sentían orgullosos de pertenecer a esa vid que consideraban la verdadera, pero ahora, Jesús les estaba revelando una verdad desconocida hasta ese momento para ellos. Les estaba diciendo que Él mismo era la vid verdadera, la única, la genuina, y que no hay otra capaz de dar frutos agradables a Dios.

Jesús es la vid y nosotros somos los pámpanos, esto quiere decir que Él es la planta y nosotros somos las ramas. Cuando una vid, tiene una rama sin fruto, puede que tenga buena apariencia, porque produce muchas hojas verdes, pero esas ramas son cortadas, porque ese verdor demanda nutrientes que el resto de la planta necesita, y por tal motivo los viñadores la cortan.

Una rama cortada del tronco principal, inevitablemente se secará, no producirá ni hojas, ni flores, ni fruto, porque dejará de recibir la savia que le sustentaba el tronco. Por otra parte, las ramas con fruto, pueden no lucir muy atractivas, ya que las hojas, que solo aportan belleza, le son quitadas para que toda la savia se dirija al fruto, por eso pueden parecer de poca belleza, pero en realidad son las mejores ramas, las más fructíferas.

Por otra parte, notamos aquí la esencia del fruto, porque la rama y la vid, son el mismo ser. ¿Dónde termina la vid, y dónde comienzan las ramas? Si alguien tocara nuestro brazo, no diríamos que solo ha tocado un miembro ajeno a nuestro ser, sino que nos ha tocado a nosotros, porque nuestro brazo es parte de nuestro ser. Así es la vida que tenemos en Cristo, no somos gente que cree en Él, sino que somos parte de Su ser, porque en Él vivimos, nos movemos y somos **(Hechos 17:28)**.

Nosotros no tenemos una relación con Cristo como algunos predicán, nosotros tenemos comunión con Él, lo cual

no es lo mismo. Las relaciones son externas, pero la palabra comunión es un término que surge de la alianza entre las palabras común y unión. Su significado esencial alude a la participación de dos o más entes en una unión común. Es por eso, también, que nosotros participamos de la mesa de la comunión de los santos, no de la relación de los hermanos, porque para Dios la Iglesia es un solo cuerpo.

A vista natural, nosotros somos seres con la posibilidad de acercarnos a Dios, y que nos juntamos con otros capaces de hacer lo mismo, pero desde la revelación, nosotros vivimos en Cristo y todos somos un solo cuerpo, que es Cristo, el Nuevo Hombre (**Efesios 2:14 y 15**). Nosotros no tenemos vida fuera de Él, ni vigor, ni fuerzas espirituales.

Es por eso que el Señor nos demanda permanencia. La vida de Reino, no se trata solamente de un día, hacer una oración de entrega, o de asistir de vez en cuando a una congregación, o de declararnos como creyentes. La clave es permanecer en Cristo. Cada instante, cada segundo, tenemos que permanecer en Él, para recibir Su vida y Sus virtudes.

De eso se trata la fe. La podemos utilizar para cambiar nuestro automóvil o para emprender un negocio, pero la fe, es fundamentalmente para vivir en el Hijo (**Gálatas 2:20**). Cuando hacemos eso, Él permanece en nosotros, porque tenemos su promesa de que estará con nosotros todos los días hasta el fin (**Mateo 28:20**), para lo cual nos ha dado Su Espíritu Santo (**Juan 14:16 y 17**).

En la vida de Reino, hay una dependencia absoluta en todo hacia Cristo, así como las ramas no pueden continuar viviendo sin el tronco, nosotros no podemos seguir viviendo espiritualmente sin Cristo. Él lo dijo de esta manera: *“separados de mí nada podéis hacer...”* La fructificación es el resultado de la vida que mana del árbol; no puede haber ramas que produzcan fruto viviendo de forma independiente.

Estamos unidos a Él por la fe, por Su gracia y por Su poder. Estamos ligados por Su sangre, por Su justicia y por la vida del Espíritu Santo, que es la savia que nos llena y nos hace dar fruto. De la misma forma en que un árbol malo no puede dar fruto bueno, un árbol bueno, no puede dar malos frutos. En esa cruz, hace más de dos mil años, murió lo malo que fuimos, y de esa tumba, por medio de la resurrección, nacimos para vida nueva (**Romanos 6:4**).

Ningún pastor, ningún ministro terrenal, tiene la capacidad de suministrar esta vida, porque solo el Padre es el labrador. Nosotros podemos perfeccionar a los santos, en la búsqueda de la plenitud, pero solo Él es el encargado de separar a los que están en Cristo y a los que no están aferrados, o conectados espiritualmente con Él.

Sabemos que hay cristianos verdaderos, y que también hay algunos que son falsos, pero no nos toca a nosotros juzgar quién es un hijo verdadero y quién no. Nosotros podemos observar los frutos (**Mateo 7:16**), pero solo el Padre es quien sabe, y separa a los verdaderos de los falsos; en algunos se

hará notorio en esta vida, y en otros en el día del Juicio Final (**Mateo 25:32**).

Hay frutos que evidencian quién está unido a la vid y quién no, pero nosotros no podemos juzgar eso, porque hay algunos que evidencian el fruto rápidamente, mientras que otros pueden demorar mucho más en manifestarlos. No somos nosotros los encargados de la poda, sino el Padre. Tampoco podemos exhortar a los hermanos para que den frutos, tal como si el producir frutos fuera el resultado de una orden pastoral, y no de la vida misma que por naturaleza debe producir resultados.

Nosotros podemos pararnos ante una planta de manzanas, y ordenarle todas las mañanas que dé fruto en abundancia, pero eso no es necesario, las manzanas vendrán por vida, y no por orden ministerial. Cuando un árbol es bueno, dará fruto, y cuando una rama pertenece a un árbol bueno, solo debe permanecer en él, para que la vida que mana del árbol, a su tiempo, produzca buen fruto.

Nuestro Padre es el viñador o labrador, y aunque estemos produciendo frutos, Él trabajará en nuestras vidas para que cada vez estemos más unidos a Cristo, y produzcamos más y mejor fruto. Para esto actuará a través de las circunstancias de nuestra vida, incluso a través del sufrimiento, para que se manifiesten nuestras virtudes, para que le busquemos con más pasión, para inducirnos al conocimiento de Su Palabra, para que nos acerquemos en

fervente oración, para llevarnos a conocer mejor nuestros corazones, y para hacernos más humildes y dependientes.

Los frutos de la vid, pueden ser observados, pero lo más interesante no es verlos, sino comerlos, o convertidos en vino, poder beberlos. Nosotros siempre mencionamos que los frutos del Espíritu nos dan a conocer, y está bien porque es verdad, pero lo mejor es que las personas puedan probar el fruto, puedan comer y puedan beber de él.

De hecho, aceptamos las enseñanzas de Jesús, cuando habló de Su carne y de Su sangre como verdadera comida, o bebida. Él dijo ser el pan de vida y el agua pura del manantial divino, lo cual no nos parece extraño, pero no hemos comprendido que la gente también debe alimentarse y debe beber de nosotros, porque nosotros portamos Su esencia. Tenemos alimento espiritual y podemos saciar a otros.

Observemos que nadie come del tronco de la vid, sino del fruto de ella, porque la raíz, el tronco, la rama, las hojas, y el fruto, son la vid. Por lo tanto, cuando la gente se acerca a nosotros, se acerca a Él, y cuando come del fruto del Espíritu, se alimenta de Él, y cuando puede beber el vino nuevo, lo bebe de Él.

Los discípulos no comprendieron lo que Jesús les enseñó respecto de comer y beber de Él, por eso, a partir de esa enseñanza, muchos dejaron de seguirlo (**Juan 6:66**). Sin embargo, ese misterio que estaba revelando, no puede caer en saco roto, debemos recuperarlo y comprender su

expansión hasta nuestros días. Tal vez es por eso, que le asigno gran importancia a este pequeño libro.

Así como el alimento nos libera del hambre, así como la bebida nos libera de la sed, así como ambos nos liberan de la muerte, Cristo en forma de fruto puede redimir de hambre, de la sed y de la muerte. La gran responsabilidad para nosotros hoy en día, radica en que en este Nuevo Pacto, el Señor hace todo a través de Su cuerpo, y Su cuerpo es la Iglesia.

El mundo está padeciendo el odio, pero el amor de Cristo puede redimir a los cautivos. El mundo está padeciendo el disgusto, la amargura, la tristeza y el dolor, pero el gozo del Señor, puede redimir a los cautivos. El mundo está en constantes guerras, pero la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, puede redimir a las naciones de la tierra.

El mundo está padeciendo la ansiedad y es estrés constante, pero la paciencia que viene de Dios, puede otorgar descanso para las almas cautivas. El mundo está padeciendo la maldad, pero la benignidad y la bondad de Dios, expresada por la Iglesia verdadera, puede liberar a los cautivos. El mundo está padeciendo la impiedad y la incredulidad, pero la fe que proviene del Espíritu, puede otorgar libertad.

El mundo está padeciendo la intemperancia, la intransigencia, la rebelión contra Dios, pero la mansedumbre producida por el Espíritu, puede redimir a los rebeldes. El

mundo está padeciendo el desenfreno absoluto, pero la templanza que fluye de Dios, puede cambiarlo todo. Solo Cristo puede redimir a la humanidad de la condenación eterna, y eso lo hizo en la cruz del Calvario, y solo Cristo puede redimir a un mundo cautivo, pero tal tarea la está realizando en el día a día, a través de nosotros, Su cuerpo, Su vida manifestada en frutos.

Es bueno y trascendente que podamos mostrar los frutos, así como es hermoso ver a un árbol frutal, cargado de muchas frutas, pero si nadie puede comer de ellas, lo lindo no se transformará en vida y al final, se perderá el sentido de la fructificación. La Iglesia puede regalar Biblias, pero si no impartimos la vida es como repartir a cada hambriento, una foto de un exquisito manjar.

Hace muchos años que, por la gracia de Dios, pertenezco a la Iglesia del Señor. La revelación de Su cuerpo ciertamente me sacó todo vestigio de religión, pero me desvela observar a un mundo que, al mirar la Iglesia, no está viendo a Cristo, y me desvela que están muriendo de hambre frente a la vida misma.

Sé muy bien, que las tinieblas les impiden a las personas ver con claridad, pero de todas maneras, creo que nos falta a nosotros alumbrar más, para que todos puedan ver a Cristo, y ofrecerles alimento para que vivan. Luego el Señor sabrá quién recibe o no Su suministro, pero creo que nosotros, bien, podemos mejorar nuestro rol. Estoy convencido de que ese es nuestro gran desafío.

“Vosotros sois la luz del mundo...”

Juan 5:14

“Dadles vosotros de comer...”

Lucas 9:13



Capítulo tres

EL AMOR QUE LIBERA

“Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve...”

1 Corintios 13:1 al 3

Cuando alguien enseña sobre el amor de **1 Corintios 13**, o cuando alguien lo lee para sí mismo este pasaje, no debe interpretar que ese amor que Dios demanda es el amor que todas las personas tenemos en el alma, sea en mayor o en menor medida. El amor al que Pablo se refiere no es el sentimiento humano, sino el fruto de Cristo, porque Dios es amor (**1 Juan 4:8**), y solo en Cristo podemos obtener y sentir ese amor.

El hablar en lenguas es un don que también proviene del Espíritu Santo, pero ese hermoso don, no tiene la capacidad de redimir a nadie; sin embargo, el amor sí. Es por eso que el apóstol dice que si hablamos en lenguas, pero no tenemos amor, más bien somos como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Todos podrán oírnos, pero nadie cambiará su vida por eso.

Pablo dice que si fuéramos gente de revelación, y que recibiéramos la gracia de comprender muchos misterios del Reino, no seríamos nada sin amor. O si tuviéramos la fe suficiente para trasladar montañas, si no tenemos amor de nada nos serviría, porque el amor es una fuerza inigualable capaz de producir milagros extraordinarios.

El amor es un fruto espiritual, porque proviene de Jesucristo, y la vida de Su Espíritu en nosotros, hace que ese amor pueda ser parte de nuestro ser. Dios no tiene esperanza en el amor humano, porque ese es un amor limitado, egoísta, selectivo y fluctuante. Dios desea que podamos recibir y manifestar el amor de Cristo.

Observemos que toda persona tiene amor por algo o por alguien. Toda persona tiene una medida de amor, no importa si son buenas o malas personas, seguramente sienten amor por algo, o por alguien. Sin embargo, la diferencia del amor de Cristo es que porta Su esencia, por lo cual es puro y perfecto. Por eso el apóstol Pablo, en el mismo capítulo, comenzó a describirlo:

“El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, más se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta”.

1 Corintios 13:4 al 7

Ningún ser humano logra tener en su amor, todas estas características juntas. Todos podemos tener una porción de esto, pero tantas virtudes juntas no son una demanda de Dios para nuestra pobre naturaleza humana. Lo que Él nos enseña es que debemos depender del Espíritu Santo, y procurar que la vida de Cristo, nos otorgue Su amor perfecto, llenando por completo nuestro corazón.

Los cristianos no somos llamados a sentir amor por mandato divino, somos llamados a guardar una profunda comunión con el Señor, de manera que Su persona impregne todo nuestro ser, generando la disminución de nuestro yo, y logrando la expansión de Su divina esencia.

El amor de Dios es absolutamente clave para la vida de Reino, porque toda la Ley y los profetas, se resumen en el amor a Dios y al prójimo. Jesús dijo al respecto: ***“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas”*** (Mateo 22:37 al 40).

Si todas las demandas del Padre, se pueden reducir a la expresión del amor verdadero, hacia Él y hacia los demás seres humanos, diría que el amor, es el fruto redentor por excelencia, y les deseo explicar los motivos.

Las personas que viven en tinieblas, tal como anduvimos nosotros antes de recibir la gracia soberana, no tienen más que un amor imperfecto, y no aman a Dios, no importa cuánto digan amarlo a través de las religiones, no lo aman porque en realidad no lo conocen, para amarlo primero es necesaria la regeneración y luego sentir el amor de la nueva vida.

Tampoco pueden amar al prójimo como Dios manda, porque todos amamos a alguien, pero se puede considerar como prójimo a todo ser humano, y nadie ama a todo ser humano. De hecho, los cristianos podemos avanzar en esto, si en verdad se nos revela la fuente, y si logramos menguar humildemente ante Él, de manera que Su amor nos atravesase a pesar de nosotros mismos.

En definitiva, cuando el amor verdadero viene a nosotros, tiene el poder de alcanzar a los cautivos y liberarlos aun sin hablar. El amor es más fuerte que el odio, así como la Luz es más fuerte que las tinieblas. Cuando verdaderamente logramos amar a nuestros enemigos, tendremos el superpoder de romper cadenas en el alma de las personas.

Cuando alguien siente odio por los demás, se encuentra atrapado en su corazón, y aunque los psicólogos pretendan encontrar buenas definiciones para describir el odio, yo diría que es una clara manifestación de la naturaleza pecaminosa que, irremediabilmente los seres humanos manifiestan en mayor o menor medida.

Cristo nos redimió, no solo a través de Su obra, sino a través de Su amor verdadero. Él no habló con hipocresía cuando le dijo a Judas *“amigo”*, ni tampoco lo hizo cuando le dijo al Padre, respecto de los romanos, que se jugaban burlonamente sus ropas. *“Padre, perdónalos, no saben lo que hacen...”* Jesús nos amó con un amor para nosotros desconocido, por eso no llegamos a comprender todas sus palabras y sus acciones.

Al redimirnos, se impartió en nosotros, entregándonos Su Espíritu, y entregándonos Su esencia a través de Sus virtudes, talentos, capacidades, dones y frutos espirituales. La medida de Su expresión en nosotros, es la medida de nuestra libertad, y cuando somos libres, podemos ser libertadores. Lo que hemos recibido es verdaderamente glorioso, y espero que estén tan emocionados como yo, al escribir sobre esto.

Hoy en día, las tinieblas se expanden por el mundo como nunca antes, y por esa causa necesitamos que la Luz de Dios que opera en la Iglesia pueda brillar con todo esplendor (**Filipenses 2:15**). De la misma forma, diría que el odio, tiene

cautivos a millones de personas en el mundo, y el fruto para la redención del odio, es el amor de Dios.

Recientemente, un alto comisionado de Naciones Unidas para los derechos humanos, deploró en un comunicado el fuerte aumento del odio en todo el mundo. Sostuvo que una de las secuencias de esta crisis global está siendo la deshumanización de la cultura social que hoy se vive, así como el fuerte aumento de la incitación al odio, la violencia y la discriminación, un fenómeno que no se limita a un territorio determinado, sino que se ha extendido a diferentes partes del mundo, a través del uso de las redes sociales.

A pesar de que algunas de sus manifestaciones, como el lenguaje del odio, que ocupa un creciente espacio en los medios de comunicación, el concepto del odio, permanece sin ser identificado conforme a la verdad de Dios, ya que no lo llaman pecado, ni lo consideran una cautividad del alma. Las personas simplemente ven al odio, como una emoción humana que consiste en desear o causar mal a otros.

¿Pero cómo podemos liberar a una persona a través del amor de Cristo? Bueno, cuando nos enteramos de que una persona nos odia, generalmente es porque ya nos ha herido con sus palabras o sus acciones, porque todo odio procura su expresión rápidamente. El amor puede permanecer en silencio, pero el odio no tarde en expresarse.

El Señor nos manda a perdonar a quienes nos ofenden, pero eso es algo que humanamente no nos gusta hacer, o mejor dicho, es algo que honestamente no sentimos hacer. El perdón es una cuestión de fe, porque primeramente es un acto de obediencia, pero en la obediencia está la bendición, porque al hacerlo, llegamos a sentir el suministro del perdón verdadero.

Es decir, cuando aceptamos perdonar las ofensas de otros, puede que no tengamos un sentimiento acorde a eso, pero cuando nos disponemos, el Espíritu Santo nos otorga el querer como el hacer por Su buena voluntad (**Filipenses 2:13**). Entonces, no solo sentimos que deseamos perdonar, sino que lo hacemos de buena gana, y disfrutamos esa victoria, comprendiendo que la obra no fue nuestra, sino de la gracia soberana del Señor.

Luego, el desafío continúa, porque no se trata de perdonar y olvidar a esa persona por completo, sino de llegar a sentir amor por ella. Cuando esa persona, sabe que nos demostró su odio, que habló mal de nosotros, que nos ofendió con sus acciones, y luego no solo ve que la perdonamos, sino que además le demostramos amor, los barrotes de su prisión interna simplemente se derriten.

Esto ocurre con quienes tratamos habitualmente, con compañeros de estudio, de trabajo, o familiares que por determinados motivos cultivaron odio hacia nuestra persona. Cuando somos embajadores de Cristo, debemos pensar como

Él pensaría en nuestro lugar, y debemos actuar como Él lo haría. Esa es la idea y la función de un embajador del Reino.

Para lograrlo, necesitamos humildad, dependencia de fe. No debemos tratar de hacer esto para Dios, sino en Dios. No debemos generar estas cosas con nuestras pobres capacidades, porque seguramente terminaremos muy frustrados. Debemos ser absolutamente dependientes de Aquel que nos puede suministrar Su esencia, porque en Su esencia está la redención, no en la nuestra.

Ahora permítanme ir más allá, porque mencionar el odio creciente en el mundo, no fue una decisión casual, sino que lo hice porque estaba pensando en la responsabilidad de la Iglesia ante ese flagelo. La Iglesia es un diseño que debe funcionar en el sistema. No es de este mundo, pero fue habilitada para funcionar en este mundo. Lo que no debemos hacer, es ignorar el poder redentivo que portamos.

Para librar a la gente de las tinieblas tenemos la Luz, para librarlos de la muerte, tenemos la Vida, para librarlos de la mentira, tenemos la Verdad, para librarlos del odio, tenemos el Amor. Ese es el fruto para la redención del odio, y debemos comprender que es absolutamente poderoso, cuando lo expresamos debidamente, y desde su verdadero manantial.

Es muy triste ver a los hijos de Dios, enredados en conflictos absurdos. Hay odio en todo fanatismo político, deportivo o religioso; hay odio en la impaciencia, en la crítica, en la intolerancia, y en todo sentimiento

descalificador o violento. Los hijos de Dios, no deberíamos aceptar estas cosas en nuestro corazón. La Palabra nos enseña claramente:

***“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón;
Porque de él mana la vida”.***

Proverbios 4:23

Dios es amor, y si nosotros vivimos en Él, nos movemos en Él y somos en Él (**Hechos 17:28**), no podemos sentir otra cosa que Su amor atravesándonos a pesar de nosotros mismos. No debemos generar amor para agradecerlo, sino que debemos reconocer nuestra incapacidad para tal cosa, y debemos rogar que nos otorgue Su amor.

Si realmente consideramos que Jesucristo es el Señor de nuestra vida, debemos pedirle que reine en todo nuestro ser, debemos renunciar a nuestra vieja naturaleza, y debemos rogar para que Su vida fluya en nosotros, para deleitarnos en Él, y para tocar al mundo con Su esencia.

El fruto del amor redime, porque Dios es amor, y Él es el Redentor. Si logramos amar con Su amor, cada persona que sea tocada, recibirá las llaves para la libertad. Esto no implica que todos saldrán; algunas personas elegirán reforzar la seguridad de sus prisiones, alimentando el odio diariamente. De hecho, con Jesús, muchos hicieron eso, pero lo que no podrán decir, es que no sintieron Su amor.

No es nuestra responsabilidad liberar a los que odian por medio del amor, solo debemos amarlos, y Dios se encargará del resto, si es que debe hacer algo con ellos. Esa no es nuestra misión. Nosotros solo debemos permitir que la vida de Cristo los toque, y en tal caso, no podrán decir, que no recibieron el amor de Dios.

Jesús demostró su amor a todos los seres humanos, y murió por todos, pero no todos recibieron la gracia de comprender eso. Nosotros tenemos la comisión de predicar, con palabras y con hechos concretos; es el Señor quien se encarga de obrar en el corazón de sus escogidos.

Quienes persistan en el odio, tal vez intensifiquen su maldad, pero nosotros no debemos claudicar, porque en los últimos tiempos, el amor de muchos se enfriará (**Mateo 24:12**), y es absolutamente vital que eso no nos ocurra a nosotros, porque en los tiempos del fin, el amor será uno de los frutos que libraré a muchos, incluso nos libraré a nosotros mismos de toda influencia, y de toda hostilidad generada por el mal.

“Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido. Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor”.

1Corintios 13:12 y 13



Capítulo cuatro

EL GOZO QUE LIBERA

“Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.”

Hebreos 12:2

La mayor obra redentora de amor, realizada en todos los tiempos, fue posible porque Jesús caminó en pos de un gozo mayor de lo que podamos imaginar, es decir, el gozo que lo llevó a la redención hasta ser exaltado a la diestra de Dios en medio de la asamblea de un pueblo redimido: *“por el gozo puesto delante de Él soportó la cruz”*.

Al decir esto, el escritor a los hebreos, tiene la intención de poner a Jesús como otro ejemplo, junto con los santos mencionados en **Hebreos 11**, aquellos que estaban tan entusiasmados y confiados en el gozo que Dios les ofrecía, que *“escogieron antes ser maltratados con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecador”*

(11:25) y que eligieron ser maltratados con tal de estar alineados con la voluntad de Dios.

Por lo tanto, no es contrario a la Biblia afirmar que lo que sostuvo a Cristo en las horas oscuras en Getsemaní fue la esperanza del gozo que hallaría más allá de la cruz. Esto no cambia la realidad y la grandeza de su amor por nosotros, porque el gozo en el que su esperanza estaba puesta era el gozo de llevar muchos hijos a la gloria (**Hebreos 2:10**). Ese gozo fue Su fortaleza, no solo para enfrentar la Cruz, sino también, para enfrentar las grandes confrontaciones espirituales que lo acecharon.

Su gozo radicó en hacer la voluntad del Padre, la cual incluía nuestra redención. La posibilidad de abandonar la cruz y, por lo tanto, abandonarnos a nosotros y renunciar a cumplir la voluntad del Padre, presentaba un panorama tan horroroso a la mente de Cristo, que Él rechazó de plano esa posibilidad, y abrazó la muerte, afincado en la verdad que lo esperaba más allá de todo dolor.

Personalmente, cuando leo los evangelios escudriñando con atención las historias de Jesús, no puedo dejar de asombrarme, del hecho de que hubiera tanta gente capaz de criticar y despreciar a Jesús. Analicemos que Él nunca pecó, por lo tanto, nunca hizo nada malo a nadie. Fue toda bondad, mansedumbre, comprensión, y corazón abierto; ¿cómo pudo haber tanta gente que no le quería? Es más, no solo que muchos no lo querían, sino que lo odiaban abiertamente.

No se entiende por qué tuvo que vivir tanta hostilidad; de hecho, no es muy normal que ante el anuncio de un nacimiento, el mismo rey envíe a los soldados para matar a un pequeño bebé. Sin dudas esa es una hostilidad extrema, que da cumplimiento a lo dicho por Isaías:

“El fiel servidor creció como raíz tierna en tierra seca. No había en él belleza ni majestad alguna; su aspecto no era atractivo ni deseable. Todos lo despreciaban y rechazaban. Fue un hombre que sufrió el dolor y experimentó mucho sufrimiento. Todos evitábamos mirarlo; lo despreciamos y no lo tuvimos en cuenta.”

Isaías 53:2 y 3

Obviamente cualquiera razonaría que esa violencia fue obra del gran enemigo que utilizó a muchos para deshacerse del Cristo anunciado, y es cierto, en gran medida fue así, pero yo creo que Satanás no tenía tan en claro quién realmente era el Hijo de Dios. Por eso envió a matar a todos los niños por las dudas. Por eso, tampoco pudo localizarlo en Egipto, ni cuando vivió en Nazaret, o cuando lo tentó en el desierto, ***“el diablo le dijo: Si en verdad eres el Hijo de Dios, ordena que estas piedras se conviertan en pan...”*** (Lucas 4:3 VLS). En otras palabras, demuéstreme si realmente eres quién yo creo que eres.

Sin embargo, y ante tanta hostilidad, diría que todas las potencias del mal se abalanzaron contra el Justo. La envidia, el odio, la soberbia, la mentira, la falsedad lo rodearon continuamente para lastimarlo y exponerlo, por eso fue un

varón de dolores experimentado en quebranto (**Isaías 53:3**). Sin embargo, el gozo espiritual fue Su fortaleza (**Nehemías 8:10**), porque el fruto del gozo espiritual, es el antídoto contra la amargura, o contra la tristeza que seguramente embargaría a cualquiera que sufriera tanta hostilidad, y tanta injusticia como la que recibió Jesús.

La postura que Jesús adoptó, frente a las personas que lo atacaban despiadadamente, fue la de atraerlos a Su divino corazón, amándolos y en algunos casos exponiéndolos sabiamente. En ocasiones lo hizo con palabras suaves, y en otras, lo hizo con duras exhortaciones. Algunas veces, prefirió el silencio respetuoso, mientras que en otras ocasiones, utilizó parábolas para confundir a los oportunistas.

En realidad, Jesús no consideró a nadie como su enemigo, o tal vez, no consideró que alguien pudiera alcanzar dicha autoridad. A todos amó y por todos derramó Su sangre preciosa. Incluso aquellos que lo consideraron como un enemigo peligroso, recibieron el mismo amor, porque a pesar de su odio y su rechazo, todos tuvieron la posibilidad de la redención.

En el campo religioso, la mayor parte de los escribas, fariseos y sumos sacerdotes, lo calificaban como un falso profeta, o un blasfemo que se arrogaba la autoridad de ser nada menos que el Hijo de Dios. Además, porque sabían que Jesús, rechazaba ciertas interpretaciones que ellos hacían de la Ley y las tradiciones que habían añadido como doctrinas divinas.

Jesús simplemente desenmascaraba el legalismo y la hipocresía en la relación que los religiosos pretendían con Dios y con los hombres. Basta leer el capítulo **23** de san **Mateo**, para darnos cuenta de todo esto, porque no se los mandó a decir por nadie, sino que a ellos, los exhortó de manera frontal. Sin embargo, tampoco lo hacía con incontrolable enojo, porque en el fondo, siempre prevalecía el amor por quienes obraban bajo densas tinieblas.

Por otra parte, los familiares carnales de Jesús, tampoco creían que Él era quien decía ser. De hecho, Él declaró que a un profeta se lo respetaba en todas partes, menos en su propio pueblo y en su propia familia (**Mateo 13:57**). Un llamativo pasaje en versión Lenguaje Sencillo dice así:

“Después de esto Jesús regresó a la casa. Y era tanta la gente que volvió a reunirse, que ni él ni sus discípulos podían siquiera comer. Cuando los familiares de Jesús supieron lo que hacía, fueron para llevárselo, porque decían que se había vuelto loco. (Otras versiones dice que lo consideraban “enajenado”). Pero los maestros de la Ley que habían llegado de Jerusalén decían: Este hombre tiene a Beelzebú, el jefe de los demonios. Sólo por el poder que Beelzebú le da, puede expulsarlos.”

Marcos 3:20 y 22 B.L.S.

Igualmente, y a pesar de lo que pueda significar desprecios como esos, en el corazón de Jesús no había oscuridad, ni rencor, sino amor y un gozo muy liberador. No

podía caber en Jesús, ni una sombra de resentimiento, de malquerencia, ni de desprecio. Su corazón era un remanso de paz, de bondad y de caridad para con todos. Eso no quiere decir que no haya sentido dolor por las críticas y los desprecios recibidos, pero hoy puedo comprender que su fortaleza era el gozo espiritual. Ese hermoso fruto lo mantuvo libre de todo dolor sentimental.

El desprendimiento de Cristo chocaba contra la avaricia farisea. La humildad de Jesús era una lección difícil a la soberbia y el orgullo religioso que tenían. Muchas cosas de Cristo les molestaban a los religiosos. Tal vez su seguridad, su virilidad, su amor a los pobres y pecadores, su autoridad, su arrastre, su sencillez, su porte distinguido, su sonrisa serena, el brillo de sus ojos. No sé, tal vez fue todo eso, pero lo cierto es que fue muy evidente el odio contra Su sinceridad.

Por otra parte, y ante los jefes políticos, Jesús siempre fue muy respetuoso. Les hizo ver cuál era Su abnegación y Su mansedumbre. No discutió con ellos respecto de los diseños del Padre, y se entregó con admirable resignación a cada interrogatorio al que lo sometieron. Aun así, lo golpearon, lo torturaron y se burlaron de Él.

Jesús nunca evitó al enemigo, ni tampoco buscó enfrentarse con él. No se agitó febrilmente para vencer, ni trató de explicar sus derechos a los necios. Su objetivo no fue ser reconocido vencedor, sino consumir Su propósito (**Juan 19:30**). Jesús supo aislar Su corazón del enojo, del odio y del

rencor. Aun cuando lo desnudaron y se jugaron sus ropas burlonamente, si no que pidió al Padre misericordia y le dijo que perdonara a todos (**Lucas 23:34**).

Jesús fue completamente puro y su corazón nunca fue contaminado. El gozo fue Su fortaleza interna para avanzar sin rencores. Sin dudas, nos dejó sus huellas para darnos ejemplo de cómo debemos actuar nosotros, los hijos de la Luz, sus embajadores (**1 Pedro 2:21**).

“Amaste la justicia y aborreciste la maldad; por tanto, te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de gozo más que a tus compañeros.”

Salmo 45:7 OSO

Jesús sabía que después de Su partida, sus discípulos, quienes serían integrantes de la Iglesia insipiente, serían atacados, perseguidos y violentados, tal como sucedió con Él. De hecho, les advirtió claramente lo que vendría sobre ellos.

La noche antes de la crucifixión, Jesús expresamente les advirtió a los discípulos que serían sometidos a una severa persecución corporal. Les dijo que si lo seguían a Él sufrirían violencia.

“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es

grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.”

Mateo 5:10 al 12

Él quería que supieran esto para que cuando padecieran sufrimientos no tropezaran. Sin dudas quería dejar en claro Su ejemplo, para que resistieran, con plena fortaleza espiritual, todo lo que se vendría sobre ellos.

“Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo. Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios. Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí. Mas os he dicho estas cosas, para que cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho.”

Juan 16:1 al 4

Hoy en día, y ante el cuadro de situación que estamos viviendo, somos nosotros los que debemos seguir el ejemplo, ya no solo de Jesús, sino también de sus discípulos, que hicieron lo que Él les enseñó, poniendo por obra sus palabras y recordando sus actitudes. Es bueno leer, no solo los hechos de Jesús, sino también los hechos de la Iglesia pionera, porque nos dejaron un gran legado de fortaleza y abnegación. Ciertamente, ante el ejemplo de todos ellos, la Iglesia de hoy, parece débil y caprichosa.

Es verdad que la sociedad ha cambiado mucho y el estándar de vida de la mayoría de nosotros, es notablemente superior al que vivieron nuestros antepasados cristianos. Hoy

tenemos mayor libertad para practicar nuestra fe. Tenemos hermosos salones de reunión, buenos sistemas de calefacción para el frío del invierno y aires acondicionados para el calor del verano. Tenemos tremendos equipos de sonidos e instrumentos extraordinarios para adorar al Rey.

Los sistemas de trabajo, han cultivado protocolos de cordialidad para recibir nuevos hermanos y discipularlos con amor y sabiduría. Tenemos medios de comunicación y medios de transportes para facilitar la conexión con la gente, incluso procuramos levantar líderes de células y de áreas para que todos estén atendidos y cuidadosamente contenidos. Sin embargo, es habitual encontrar hermanos ofendidos por cualquier situación absurda.

En mis muchos años de ministerio, he tenido la fortuna de visitar innumerables congregaciones. Incluso de diferentes naciones, y puedo decir sin exagerar, que podría escribir varios libros testimoniales, respecto de tristes historias de dolor, ofensas, desprecios, difamaciones, divisiones y todo tipo de conflictos entre hermanos. En realidad, cuando no hay gozo, la amargura y el enojo toman su lugar.

Es muy triste ver, que aquellos que llegaron al Señor, por obra integral de la gracia, caigan en semejantes exigencias contra sus hermanos y líderes. Muchos demandan más atención, cuidado y perfección de sus líderes. Y es cierto, que en algunos casos, pueden encontrarse con reales

desilusiones, pero en la mayoría de los casos, son demandas absurdas afincadas en el orgullo.

Muchos hermanos, al llegar a la fe, reciben el gozo de la presencia de Dios, y se bautizan con alegría y gran determinación, se compran una Biblia y participan de las reuniones con genuino fervor y sin mirar críticamente a nadie. Al pasar el tiempo, comienzan a ver imperfecciones y luego se ofenden por cualquier tontería. La verdad es que ese final, solo es el resultado de la pérdida de la unción, y por ende, la pérdida del gozo espiritual, que es la fortaleza necesaria para perseverar en la fe.

Un cristiano lleno del Espíritu Santo, estará lleno de gozo espiritual, y ese mismo gozo, es el que lo equipará de una fortaleza que lo hará inofensible. Incluso, si llegara a vivir situaciones de verdadero conflicto o injusticia, decidirá cambiarse de congregación sin discutir, se irá perdonando toda ofensa, y se buscará otro lugar donde seguir alabando a Dios sin rencores.

Lo que debemos asumir, es que si un hermano se ofende y se llena de amargura como miembro de una congregación compuesta por hermanos en Cristo, ¿cuánto más se ofenderá con personas ajenas al amor de Dios? El gozo espiritual debe sostenernos inofensibles, y libres de toda amargura de corazón, no solo para con los líderes y hermanos espirituales, sino para con todas las personas.

También es increíble que algunos hermanos, viviendo en Luz y portando la vida del Espíritu Santo, sostengan duros conflictos con familiares de sangre, con vecinos, con compañeros de estudio, de trabajo, o simplemente con personas que no tienen luz espiritual, y que no conocen la verdad divina. Se supone que nosotros, al igual que Jesús, debemos tener una capacidad superior para asimilar conflictos. Y ciertamente el gozo es el fruto por medio del cual podemos lograrlo.

Jesús, no solo les enseñó a los discípulos sobre las cosas que acontecerían y sobre la actitud que tenían que tener para afrontarlas, sino que además, les quiso impartir el gozo de Su fortaleza.

“Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea perfecto”.

Juan 15:11

Jesús no se refería a esto, como a un simple deseo de felicidad para sus discípulos, sino que, a través del gozo, les estaba impartiendo Su fortaleza. Esa que iban a necesitar para los acontecimientos por venir, y esa que nosotros necesitamos para los tiempos actuales. Hoy en día, Él sigue transfiriendo el gozo a través de la vida del Espíritu Santo, por eso es un fruto y no una virtud que podamos cultivar nosotros.

El mundo no conoce eso, la gente sin Dios, solo disfruta de un gozo natural y esporádico, que se manifiesta

en momentos especiales y muy breves. La gente busca gozo intentando alcanzar ciertos resultados, lo busca en la obtención de ciertos bienes, o en la celebración de algunos eventos, pero pasadas esas emociones el gozo también desaparece, y luego buscan una nueva oportunidad para recibir algo de alegría.

Eso es muy frustrante, porque en este mundo, todo es perecedero. Todo se derrumba, todo se termina, incluso la felicidad. Lo espiritual y divino, siempre contiene eternidad, pero lo natural y terráqueo, solo es temporal y efímero. Como seres humanos, somos muy frágiles. No hay mucho que sea cierto y firme, sólido o permanente en nuestras vidas.

Es por eso que esta afirmación de Jesús es muy preciosa: **“nadie os quitará vuestro gozo” (Juan 16:22)**. Les estaba diciendo a sus discípulos, y también a nosotros, que tal vez suframos adversidades y muchas hostilidades, pero en definitiva, nadie puede robarnos la fortaleza interior, no debemos perder la libertad que esta genera, no solo en nosotros, sino también en todo nuestro entorno.

La felicidad fuera de Cristo, es como el tiempo, todos quieren retenerla, pero nadie puede hacerlo. Todos quisiéramos atesorarla como la gran riqueza que es, pero nadie puede hacerlo. Cuesta mucho obtener algunos fragmentos de ella, y dura tanto como la niebla de la mañana. Por eso, vivir en Cristo, es lo más glorioso que puede pasarnos en la vida. No hay nada como disfrutar a Dios y gozarnos en Él eternamente.

El Señor es lo más hermoso, majestuoso y glorioso que podamos tener. Quien lo tiene a Él, lo tiene todo. Ojalá, que todos sus hijos podamos comprender esto y vivirlo con plenitud. Cuando Él dice: **“nadie os quitará vuestro gozo”**, está diciendo: *“Nadie podrá quitarles mi vida, yo permanezco en ustedes por mí, Espíritu, y si ustedes permanecen en mí, producirán el deseado fruto del gozo espiritual”*.

Se vienen días tormentosos y el gozo espiritual, es el fruto capaz de otorgarnos fortaleza. No se puede fabricar el gozo espiritual, ni tampoco puede pedirse como un simple deseo. Es un fruto que, por lo tanto, es producido por la vida espiritual que portamos. No debemos enseñar a nadie, que tiene que generar gozo. Solo debemos decir que hoy, más que nunca, podemos derramarnos en Su presencia y llenarnos de Su Espíritu, y eso, simplemente producirá vida y mucho fruto. El gozo, simplemente, va a fluir de nosotros como un inagotable manantial de poder y de fortaleza, para librarnos, y para librar a muchos de la amargura y el dolor.

Nuestro gozo es habitar en Su presencia y, debido a la resurrección, ese es un privilegio permanente. Nadie puede impedirnos el gozo, porque es un fruto, no un simple sentir. Y es un gozo eterno, porque hay dos elementos que lo certifican: uno es que la fuente de nuestro gozo durará para siempre, porque es el Señor, y el otro es que nosotros duraremos para siempre, porque también somos eternos.

Hoy en día, mucha gente vive llena de amargura y nosotros debemos saber, que el gozo del Señor puede redimir ese mal, y así como nos puede liberar a nosotros ante toda aflicción, puede liberar a muchos, solo debemos invitarlos a saborear ese gozo divino. El mundo está necesitando la manifestación de la Iglesia, no como una religión más, sino como un canal de bendición.

Así como Jesús estaba ungido con óleo de gozo, más que sus compañeros (**Hebreos 1:9**), la Iglesia de hoy, debería reflejar su alegría. Vivimos en una sociedad cautiva de las tinieblas, con personas sin vida espiritual, y sin verdadera esperanza. Aun así, los vemos tratando de ser felices por cualquier medio. Ciertamente, no lo logran, ni podrán lograrlo definitivamente, porque el verdadero gozo, es el del Señor, y ese gozo, solo lo tiene la Iglesia. La gran pregunta sería: ¿Lo sabemos? ¿Lo estamos viviendo?

Amados hermanos, tener el gozo del Señor, no implica ser divertidos, estar todo el día sonriendo, contar chistes o hacer bromas que alegren a todo el mundo. El gozo espiritual no se manifiesta como el buen ánimo natural que cualquier persona puede tener. El gozo es un fruto espiritual, es firme y se abre camino serenamente, a pesar de toda tristeza, a pesar de todo dolor, o de toda adversidad.

Podemos estar pasando por ciertos procesos de aflicción, podemos estar transitando un valle de sombras, o de pérdidas. Es lógico que no estemos alegres, Jesús mismo dijo en el Getsemaní: *“Mi alma está muy triste, hasta la*

muerte...” (Mateo 26:38). Era lógico que se sintiera así, es lógico que nos ocurra lo mismo ante una dura adversidad. A Jesús no le falló el gozo, ni le faltó resiliencia. Lo que debemos entender, es que el gozo espiritual es un torrente interno, es una fuerza que permanece, y que es capaz de liberarnos del abatimiento.

La fortaleza interior de Jesús, le permitió seguir adelante a pesar de su quebranto. Nosotros también podemos avanzar ante cualquier situación, y créanme que al hacerlo, daremos testimonio de ese fruto que proviene de Él. Cuando la gente vea el fruto, podrá ver al árbol, y no solo podrá reconocer Su esencia, sino que además podrá alimentarse de esa fortaleza espiritual.

“Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo.”
Romanos 15:13



Capítulo cinco

EL VALOR DE LA PAZ

“En consecuencia, ya que hemos sido justificados mediante la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”.

Romanos 5:1

La palabra “paz” aparece más de trescientas setenta veces en la Biblia. En el Antiguo Testamento, las palabras utilizadas para mencionar la paz, son: “*shalóm*” y “*shélem*”, que comparten la misma raíz hebrea, y significan no solo paz, sino también: Bien, feliz, seguro, bienestar, salud, prosperidad, dichoso, completo, salvo, victorioso, etc. En el Nuevo Testamento, la palabra utilizada es “*Eirene*”, que significa paz y prosperidad. En español, la palabra paz proviene del latín “*pax*”, y significa un periodo de estabilidad, o sea, sin guerra.

Curiosamente, en el hebreo la palabra paz, comparte las mismas características que la palabra “integridad”, que se escribe “*shalem*”. Esto permite ver que hay una relación estrecha entre la paz y la integridad. En realidad, la paz entre

Dios y la humanidad se dio por terminada por la falta de integridad en Adán y Eva. Desde entonces, la historia del Antiguo Testamento revela que el ser humano es incapaz de vivir con integridad, lo cual tampoco le permite vivir en paz.

Fue necesario que Cristo viniera para morir en nuestro lugar y así restaurar nuestra integridad a través de Su vida, y de esa manera otorgarnos también la paz con Dios (**1 Corintios 15:21 y 22**). Es decir, no tenemos paz con Dios por nuestra justicia, sino por la integridad de Cristo, quien vivió en perfecta obediencia al Padre (**Hebreos 4:15**), y a través de quien podemos vivir el Reino.

“Porque el Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”.

Romanos 14:17

Un verdadero estado de paz requiere la unidad de al menos dos partes. También requiere sacrificio, ya que el interés propio está subordinado al bien de la relación. La paz entre Dios y nosotros no es diferente. La contribución de Dios fue enviar a Jesús, el Príncipe de Paz (**Isaías 9:6**), a entregar su vida (**Isaías 53:5**). Él nos salvó y produjo la paz verdadera entre Dios y los hombres (**Romanos 5:1**).

Como verán, este libro se trata de Jesucristo, porque Él es nuestro ejemplo de cómo vivir en amor, en gozo, y en paz con el Padre y con el prójimo también. Todos los frutos provienen de Él, por eso es imposible que en cada capítulo

no lo encontremos como el ejemplo más puro de lo que necesitamos y debemos hacer.

Tal como analicé en el capítulo anterior, Jesús era amoroso, compasivo, sincero, comprensivo, honesto y cuanto calificativo positivo podamos encontrar. Sin embargo, también mencioné que hubo mucha gente que no tuvo paz con Él, por ejemplo, los religiosos, quienes continuamente buscaban ocasión para confrontarlo, criticarlo y perseguirlo hipócritamente.

Muchas veces Jesús habló a los líderes religiosos para que pudieran reconocer quién era Él, porque ellos conocían las Escrituras, y todo en las Escrituras daba testimonio de Él, señalándolo claramente (**Juan 5:39**). Sin embargo, ellos endurecían sus corazones, y ni siquiera se llamaban a la tarea de orar y cotejar sus hechos.

El primer día en que Jesús fue a la sinagoga y dio a entender abiertamente que Él era el Mesías, no solo se negaron a reconocerlo, sino que lo llevaron a la cima de un monte para matarlo. Al ver tanta necedad y tanta hostilidad, Jesús los llamó hipócritas, ciegos, generación de víboras, sepulcros blanqueados, etc. Porque ellos se proponían como perfectos cumplidores de la Ley, pero en realidad sus acciones dejaban al descubierto la maldad que había en sus corazones.

También analicé la actitud de los familiares de Jesús, quienes ciertamente tampoco tuvieron paz con Él, sobre todo

sus hermanos, quienes no creían en Él (**Juan 7:5**). Ellos no lo atacaron con violencia física, pero negaron la posibilidad de que fuera el Mesías. Lógicamente, después de la resurrección, la actitud de ellos cambió radicalmente, ya que en **Hechos 1:14** dice: *“Todos estos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María, la madre de Jesús, y con sus hermanos”*. Es decir, que al final creyeron y fueron redimidos.

Por situaciones como las que vivió, Jesús advirtió a sus discípulos, que asumirse como seguidores comprometidos, les causaría ser blancos de la violencia del sistema y también la división con familiares y amigos que creyeran en Él. Generalmente, con estos últimos la hostilidad no perdura por siempre, porque la luz suele doblegarlos, pero Jesús fue claro al decir: *“No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada, porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa”* (**Mateo 10:34 al 36**).

Ante esto, cualquiera se preguntaría: ¿Cómo pudo ser el Príncipe de paz, y a la vez, decir que no había venido a traer la paz? En realidad, ambas cosas son ciertas y necesarias. Él es el Príncipe de paz y ciertamente nos otorga Su paz, por eso dijo: *“La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo”* (**Juan 14:27**). Sin embargo, Jesús dejó en claro que quienes no estaban con Él, estaban contra Él

(**Mateo 12:30**), por lo tanto, quienes no viven el Reino en paz, suelen ejercer violencia contra él (**Mateo 11:12**).

Jesús sabía que quienes no lo recibían, o no creían en Él, lo atacaban aún con simples desprecios. El mundo espiritual le fue hostil, los religiosos le fueron hostiles, sus familiares también y desde entonces, a pesar de Su gran amor, el mundo sigue siendo hostil contra Él. Observemos hoy en día, que no solo hay hostilidad en los países en los que no se puede vivir el evangelio, sino en toda persona que se burla, ataca o ignora Su persona.

Siempre fue así, y será peor en los últimos tiempos, al menos para nosotros que somos sus embajadores. Por eso no nos debe extrañar, que tengamos que enfrentar hostilidades por causa de la fe. Jesús le había dicho a sus discípulos: ***“Cuando entren en una casa, digan primero: ¡Paz a esta casa! Si hay allí alguien digno de paz, gozará de ella; y, si no, la bendición no se cumplirá”*** (**Lucas 10:5 y 6**). Si el dueño de la casa tenía paz con Dios, naturalmente también estaría en paz con los discípulos de Jesús, pero si rechazaban la fe, igualmente estaban rechazando a sus mensajeros.

Hoy nos puede ocurrir esto con familiares, compañeros de estudio, de trabajo o gente conocida. Puede que nosotros nos comportemos con total integridad y prudencia, pero aun así puede que despertemos gran hostilidad en muchos de ellos. Tal vez ni lleguen a darse cuenta de cuáles son los verdaderos motivos de ese rechazo que sentirán por nosotros, pero cada vez que eso nos ocurra, no debemos ignorar el

poder que tiene la verdad espiritual del Reino, y la hostilidad que produce una vida bajo la unción del Espíritu.

Nuestra paz no viene de la gente, viene de Jesús (**Efesios 2:14**). Él nos otorga paz, nos hace estar en paz con el Padre y nos sostendrá con paz en el corazón, más allá de toda guerra producida por el sistema. Por eso el primer saludo dado a sus discípulos después de la resurrección fue con la palabra paz, y luego los envió a compartir el evangelio (**Lucas 24:26; Juan 20:19**).

También encontramos el saludo *“paz a ustedes”*, en varias de las cartas del apóstol Pablo, saludo siempre conectado a la Persona de Cristo y en momentos de máxima hostilidad espiritual (**Romanos 1:7; 1 Corintios 1:3; Efesios 1:2**). La paz de Dios es la que guarda nuestros corazones y pone nuestras mentes en la sintonía correcta, aun durante duros periodos de angustia (**Filipenses 4:7**). Es una paz diferente a todo lo que el mundo puede dar y es el antídoto contra el miedo y la ansiedad (**Juan 14:47**).

*“Yo les he dicho estas cosas para que en mí hallen paz.
En este mundo afrontarán aflicciones, pero ¡anímense!
Yo he vencido al mundo”*

Juan 16:33

Es por eso que el Señor nos demanda que lo amemos más a Él que a nuestra propia familia. No por egoísmo, sino porque al amarlo primero a Él, viviremos para Su gloria y además aprenderemos a amar de manera adecuada a todas las

personas. Entonces, con el corazón lleno de amor, de gozo y de paz, podemos llegar a tener la oportunidad de compartir el mensaje reconciliador con todo el mundo, para que conozcan por medio del evangelio la bendición que proviene de Dios (**Romanos 10:15**).

Sin embargo, si somos hijos de Dios, y estamos viviendo sin sentir Su paz, es porque aún tenemos que permitir que el Espíritu Santo gobierne algún área de nuestra vida, ya que los frutos se producen por comunión de vida, no por determinadas acciones voluntarias.

El fruto del Espíritu Santo en nuestra vida se ve en primera instancia en que tenemos paz con Dios por medio de Cristo (**Romanos 5:1**), la cual nos lleva a tener paz en nuestros corazones y a procurar tener paz con las demás personas. Eso es lo que produce la redención, y nosotros, como canales de ella, no debemos aceptar una vida cristiana sin paz interior.

Santiago afirmó que si no tenemos paz con nosotros mismos o con nuestros hermanos en la fe, es por conflictos que vienen de las pasiones que combaten en nuestros miembros (**Santiago 4:1**). Un corazón que está en conflicto consigo mismo, o con sus hermanos espirituales, no puede ser un canal de redención para el mundo.

Cuando Jesús oró al Padre en **Juan 17**, le pidió que todos nosotros, los regenerados por Su gracia, podamos ser perfectos en unidad, porque esa unidad puede hacer que el

mundo crea (**Juan 17:21**). No puede haber unidad cuando no hay paz. Y no hay paz, cuando parte de nuestra mente o corazón se dividen generando conflictos. Si tenemos conflictos entre nosotros, frenamos la expansión del Reino.

Por ejemplo, Jesús enseñó que si traíamos una ofrenda a Dios, y recordamos que tenemos algún conflicto con un hermano, debemos dejar de lado la ofrenda y resolver primero esa situación (**Mateo 5:23 al 25**). Esto permite ver claramente que no podemos adorar a Dios y tener paz con Él, si no tenemos paz con nuestros hermanos. La paz con Dios es clave, porque produce relaciones pacíficas aún con los enemigos (**Proverbios 16:7**).

La gran pregunta sería: ¿Por qué motivo estoy considerando la paz como un fruto de redención? Bueno, porque Jesús nos envió a impartir el mensaje del evangelio de la paz con todas las personas, sean judíos o sean gentiles. *“Entonces Pedro, abriendo la boca, dijo: En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia. Dios envió un mensaje a los hijos de Israel, anunciando el evangelio de la paz por medio de Jesucristo; este es Señor de todos”* (**Hechos 10:34 al 36**).

Esta encomienda de paz sigue vigente para nosotros, y así como Pedro lo consideró como el evangelio de la paz por medio de Jesucristo, nosotros debemos hacer lo mismo. Por eso es tan importante que los cristianos seamos de corazón y de hecho, gente de paz. El apóstol Pablo escribió: *“¿Cuán*

hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!” (Romanos 10:15).

Con cierta tristeza debo reconocer, que hay muchos hermanos que se niegan a la paz. Créanme que no ignoro algunos motivos, y hasta puede reconocer que tienen lógica, porque cada vez que se desata un conflicto, hay una injusticia en alguna de las partes, pero creo que igualmente debemos tener la capacidad de asimilar las injusticias y permanecer firmes como gente de paz, porque eso nos hace bienaventurados ante el Padre.

“Bienaventurados los que procuran la paz, pues ellos serán llamados hijos de Dios”

Mateo 5:9

Unos meses atrás, tuve el privilegio de dar una charla ante el consejo pastoral de una ciudad argentina. Les hablé con amor a todos los pastores, les expliqué la imperiosa necesidad que tenemos de unirnos entre todos. Les dije que esa era la voluntad de nuestro Padre. Les expuse que Cristo murió para unirnos y que ahora es nuestro tiempo de tomar la cruz.

Les dije que la unidad se produjo por muerte, y es por muerte que puede recuperarse, porque la muerte del “yo”, produce tolerancia, y eso es lo que necesitamos. Les dije que no podemos entrar en los tiempos finales si no estamos unidos, y que si lo hacíamos, la presencia de Dios se manifestará como nunca antes y viviremos un avivamiento

sin precedentes, para entrar en la recta final como una Iglesia gloriosa.

Al final del mensaje, el presidente del consejo pastoral, me pidió que orara por todos los pastores y la mayoría se quebrantó por causa de la hermosa presencia de Dios que había en el salón. La reunión fue hermosa y ciertamente creí que los corazones de todos los presentes habían sido tocados esa noche. Sin embargo, un pastor se acercó a saludarme y me dijo que él no estaba de acuerdo con las ideas de los demás pastores, y que él no pensaba unirse con ellos, porque no era un hipócrita.

Debo reconocer que en mis muchos años de ministerio escuché a muchos pastores diciendo cosas parecidas, pero nunca me lo habían dicho después de un mensaje como ese, y en medio de una palpable presencia divina. Fue muy triste para mí, y difícil de comprender. Al final, es lógico que con actitudes como esa, no podamos ver la Iglesia del tercer milenio, brillando bajo el poder del Espíritu Santo.

No así, no con esas actitudes entre los ministros, porque si lo hacemos entre quienes hemos alcanzado madurez, y estamos sirviendo a Dios. ¿Qué queda para el resto de los hermanos? Debemos comprender que si no somos gente de paz, no estaremos manifestando la esencia de nuestro Padre, y en tal caso, el mundo tampoco creará.

Si le decimos al mundo que Jesucristo vino para ponernos en paz con el Padre, si les decimos que nos ha

reconciliado para que obtengamos una paz que sobrepasa todo entendimiento. Si les decimos que el Reino es justicia, paz y gozo del Espíritu, pero luego nos ven peleados entre nosotros, y llenos de conflictos con otras personas, incluso con familiares, o conocidos. ¿Cómo creerán en las buenas nuevas de paz?

“No se inquieten por nada; más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios y denle gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, cuidará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús”.

Filipenses 4:6 y 7 NVI



Capítulo seis

EL PODER DE LA PACIENCIA

*“El que es paciente muestra gran discernimiento;
El que es agresivo muestra mucha insensatez”.*

Proverbios 14:29

La paciencia es la capacidad que posee una persona para tolerar, atravesar o soportar una determinada situación sin experimentar el afán, ni perder la calma. Dicha palabra proviene de la raíz latina *“pati”*, que significa “sufrir”. De hecho, el participio *“patiens”* se introdujo al castellano para describir a alguien como paciente en un hospital, o como aquel que sufre.

En realidad, la paciencia, observada de un modo natural, es un rasgo de personalidad que posee alguien prudente. Es la virtud de quienes saben sufrir y tolerar las contrariedades y adversidades con fortaleza y sin lamentarse. Esto hace que las personas que tienen paciencia sepan esperar con calma a que las cosas sucedan, ya que piensan que las cosas que no dependan estrictamente de ellos, se les debe

otorgar tiempo. Es una habilidad estrechamente vinculada al autocontrol, la calma y la paz.

La paciencia no debe ser confundida con la pasividad, porque la pasividad es algo negativo, pero la paciencia es una muestra de fortaleza y perseverancia que es fundamental para el crecimiento personal y profesional. La mayoría de los personajes más destacados en la ciencia, o en el arte, han sido personas pacientes, que trabajaron duramente hasta conseguir resultados extraordinarios.

Ahora bien, espiritualmente hablando, la paciencia es diferente, porque también es presentada en la Biblia como un fruto del Espíritu (**Gálatas 5:22**), por lo cual también es diferente a la paciencia natural que cualquier persona puede tener. La paciencia, como fruto, debe ser producida por la vida que fluye de Cristo (**1 Tesalonicenses 5:14**). Cuando manifestamos paciencia, estamos revelando nuestra confianza en el obrar divino, en los tiempos del Reino, y en la soberanía del Padre.

En las Escrituras, la paciencia tampoco es pasividad, ni una gentil tolerancia; casi todas las palabras griegas traducidas como “paciencia” en el Nuevo Testamento son palabras dinámicas y activas. Por ejemplo, en **Hebreos 12:1** dice: *“Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante”*. Nadie corre una carrera

pasivamente. La palabra traducida como paciencia en este versículo, significa permanencia o perseverancia.

En otras palabras, un hijo de Dios, debe correr la carrera de la fe pacientemente, perseverando a través de las dificultades. La paciencia es perseverancia, garra y corazón para alcanzar la meta, es perseverancia ante las pruebas, o una expectante espera por el cumplimiento de una promesa dada por Dios, que a su tiempo simplemente dará fruto. En la sociedad actual que avanza a pasos acelerados y en la cultura egocéntrica actual, la paciencia está desapareciendo rápidamente, y sin dudas eso también está afectando a muchos cristianos.

La sociedad actual ha creado la cultura de la gratificación inmediata, y eso nos hace esperar que todo sea rápido, eficaz y a nuestro gusto. Si no sucede así, tendemos a frustrarnos e irritarnos rápidamente, lo cual también es un síntoma de impaciencia. Como si fuera poco, los resultados instantáneos que obtenemos gracias a los avances tecnológicos han aumentado y están fomentando dicha conducta de manera casi enfermiza.

En la era de una tecnología que nos proporciona una velocidad vertiginosa para todo, nadie quiere esperar nada. Tenemos medios de comunicación que son rápidos, medios de transportes cada vez más rápidos, comidas rápidas, cursos rápidos, y todo lo que se nos pueda ocurrir para resolver situaciones rápidamente, pero al final, lo único que estamos cosechando es una alarmante impaciencia.

Esto no es para nada inocente, porque al llegar a la Iglesia, las personas traen incorporada la cultura familiar y social que no es fácil de suplantar por la cultura del Reino. La única manera de hacerlo es desarraigando, poco a poco, los paradigmas equivocados y sembrando la verdad divina, lo cual también es cuestión de lentos procesos.

El problema es que esa cultura del sistema, hace que muchos hermanos se relacionen con Dios bajo los mismos patrones de pensamiento. Es decir, están apurados para obtener resultados divinos, y eso es algo que lo único que les termina produciendo es frustración y muchas veces enojo. Esto lo digo con conocimiento de causa, porque también en los días de mi conversión, fui un joven apurado por obtener resultados espirituales.

Lo bueno es que no deseaba cosas, pero sí deseaba que la unción que operaba en mi vida creciera y me impulsara a un servicio a Dios efectivo y contundente. En mis primeros años de cristiano, todo fue muy vertiginoso, porque a los dos años de convertido, ya había sido consagrado como ministro evangelista. Mi testimonio y mi casi exagerada consagración me otorgaron esa posibilidad, y si bien, puedo decir hoy en día que todo salió bien, debo reconocer que pudo terminar siendo un gran fracaso personal.

Solo tenía unos meses como evangelista, cuando vendí mi negocio, y todo lo que tenía para trabajar tiempo completo para el Señor. En Su maravillosa gracia, el Señor siempre me guardó y me proveyó de todo, pero fui lo suficientemente

impaciente como para equivocarme en decisiones muy importantes para mi futuro.

No estaba listo para mis pretensiones, y si hoy me topara con un joven impetuoso, tal como fui en esos años, le diría que tenga paciencia, que los procesos de Dios, son inevitables y que ciertamente se ahorrará muchos problemas si aprende a esperar la voluntad de Dios. No se puede avanzar más rápido que Dios, porque si lo hacemos, nos encontraremos caminando fuera de Su cobertura.

Imaginemos a los hebreos en su peregrinar en el desierto. Dios les había puesto una nube que los protegiera del sol, y una columna de fuego que los protegiera del frío nocturno. Ahora imaginemos una familia, liderada por un hombre impaciente, que no estuviera dispuesto a esperar al resto del pueblo, un hombre que acelere de tal manera su caminar, que avance más rápido que la nube de Dios. Pregunto: ¿No terminaría matando a su familia por el calor del día, o por el frío de la noche?

Todos los hebreos debían esperar que las trompetas sonaran para avanzar, o para detenerse, pero nadie podía salirse de la cobertura que le proporcionaba esa nube de Dios. Los impacientes murmuraban con las tardanzas, se frustraban, se enojaban y al final terminaban pecando. La paciencia es trascendental, porque está vinculada a la humildad y la confianza en Dios.

Al final, volviendo a mis apresuramientos personales, puedo decir que, por causa de sostener perseverantemente una buena comunión con Dios, pude ir corrigiendo mis tiempos, y asimilando los procesos divinos, pero reitero, pude haber fracasado estrepitosamente por mi impaciencia. Es por eso que veo con gran preocupación, que muchos hermanos se desesperan por conseguir rápidos resultados, y cuando no los obtienen, se frustran, e incluso algunos terminan abandonando la fe.

Con paciencia, podemos aceptar la postergación de la gratificación instantánea, y considerar variables y factores imperceptibles para aquellos que son impulsivos y ansiosos. Quienes actúan pacientemente son capaces de mantener la paz interior y avanzar en la superación personal, lo que demuestra su fuerza y su fe, a la vez que van conquistando cada una de las promesas proféticas que han recibido.

Hace unos años aprendí sobre un estudio realizado en los años 60, en la Universidad de Stanford, en Estados Unidos. Dicho estudio fue llamado como el Test del Malvavisco, o también conocido como Test de la Golosina. Se trató de un experimento realizado por el psicólogo Walter Mischel a niños de una guardería en edad preescolar, de unos cuatro a seis años.

Esta prueba consistía en llevar a unos niños a diferentes habitaciones donde había una golosina para cada uno, y les decían que si eran capaces de resistir la tentación de no comérsela durante quince minutos, tocarían una

campana y les darían otras golosinas, pero si se comían la única que tenían antes del aviso, perderían el derecho de comer algunas otras.

El tiempo que los niños fueron capaces de esperar antes de tocar la campana resultó muy variable, pero solo el treinta por ciento fueron capaces de esperar todo el tiempo exigido. Mischel enfatizó que el objetivo de la investigación era identificar las estrategias cognitivas y los mecanismos mentales específicos, así como los cambios en el desarrollo, que posibilitan la demora de la gratificación.

Tras catorce años de seguimiento de los niños que pasaron por el experimento, Mischel descubrió que aquellos que se mostraron más impacientes y no fueron capaces de esperar, tenían más baja autoestima y umbrales de frustración menores, mientras que los que habían esperado con paciencia eran personas socialmente más competentes y con mayor éxito académico, también eran menos propensos a mostrarse agresivos y a mostrar una reacción exagerada si se ponían ansiosos por el rechazo social.

Quienes tomaban la opción de comer su golosina rápidamente, eligiendo la gratificación instantánea, tuvieron mayores problemas de conducta y dominio propio, mientras que los que supieron esperar, lograron mejores resultados en los exámenes, tuvieron mejores resultados ante situaciones estresantes, tuvieron menos problemas de atención, menos dificultades en obtener relaciones duraderas, y además tuvieron menos problemas de obesidad y cuidado personal.

Vivimos en una sociedad de mentalidad impaciente y cortoplacista. Sin embargo, es claro que la paciencia es absolutamente fundamental para lograr éxitos en la vida. Los cristianos tenemos a Dios de nuestra parte, y el acceso a la paciencia concedida por el Espíritu Santo, ya que es un fruto que podemos recibir e incrementar, simplemente a través de una comprometida comunión con Él.

El poder y la gracia del Señor, son cruciales para el desarrollo de la paciencia, pero, aun así, no se desarrolla de la noche a la mañana. **Colosenses 1:11** nos dice que somos fortalecidos por Él para *“toda paciencia y longanimidad”*, mientras que **Santiago 1:3 y 4**, nos anima a saber que las pruebas son Su manera de perfeccionar nuestra paciencia, y que al final todos seres recompensados por esperar pacientemente hasta la venida del Señor.

“Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía. Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca”.

Santiago 5:7 y 8

Vemos en la Biblia muchos ejemplos de personajes caracterizados por la paciencia en sus vidas de fe. Por ejemplo, el apóstol Santiago nos señala a los profetas como hombres pacientes: *“Hermanos míos, tomad como ejemplo de aflicción y de paciencia a los profetas que hablaron en*

Nombre del Señor” (Santiago 5:10). Él también se refirió a Job en sus escritos: “Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor, que el Señor es muy misericordioso y compasivo” (Santiago 5:11).

También tenemos el ejemplo de Abraham, quien supo esperar pacientemente y “... *alcanzó la promesa*” (**Hebreos 6:15**). Como el ejemplo de Jacob, de José, de Moisés, de Josué, de Jeremías, de Daniel y de muchos otros hombres de fe, que tuvieron que esperar para recibir su recompensa, y por supuesto, nuevamente tenemos nuestro máximo ejemplo en Jesús, quien se hizo hombre y esperó pacientemente para consumir Su obra de redención (**Hebreos 12:2**).

La pregunta para nosotros sería: ¿Cómo hacemos para demostrar que la paciencia es una característica de nuestras vidas en Cristo? Bueno, en primer lugar demostramos la paciencia siendo personas agradecidas a Dios. Las personas en general se quejan mucho y se preguntan por las injusticias de la vida, pero nosotros debemos regocijarnos en la voluntad de Dios, sea cual fuera, sabiendo que Él siempre hace o permite lo mejor para nosotros (**Filipenses 4:4; 1 Pedro 1:6**).

En segundo lugar, debemos buscar permanentemente la dirección de todo propósito divino. Algunas veces, Dios nos pone en situaciones difíciles con el fin de testificar. Otras veces, Él puede permitir una prueba para la santificación del carácter. El recordar que Su propósito es para nuestro crecimiento y Su gloria, siempre nos ayudará en la superación de toda prueba.

En tercer lugar, debemos tener siempre presentes sus promesas, tales como la de **Romanos 8:28**, que nos dice que *“...todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”*. Ese *“todas las cosas”* incluye las cosas que prueban nuestra paciencia, sean buenas o sean difíciles de sobrellevar.

Ahora tenemos la fortaleza del Señor para responder con paciencia y en completa confianza, ante cualquier situación que debamos afrontar, porque sabemos que todo lo que nos ocurre en la vida, está bajo el control absoluto de Su voluntad. El profeta Jeremías escribió: *“Bueno es Dios a los que en Él esperan, al alma que le busca”* (Lamentaciones 3:25).

El apóstol Pablo instruyó a los cristianos de Éfeso diciéndoles: *“vivan de una manera digna de la vocación con que han sido llamados. Que vivan con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándose unos a otros en amor, esforzándose por preservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”* (Efesios 4:1 al 3). Es muy importante que, teniendo en nosotros la capacidad otorgada por el Espíritu Santo, no dejemos de evidenciarla, porque ciertamente no hacerlo, solo expondría una pecaminosa falta de compromiso.

Cuando un hijo de Dios no es paciente ante las circunstancias de la vida, o respecto de las actitudes de otras personas, solo está impidiendo que los demás puedan probar del fruto divino. Siempre nos dicen que por los frutos

seremos conocidos y se hace hincapié en lo que los demás ven, pero no debemos ignorar esta verdad que estoy enseñando. Los frutos no solo son para verlos, sino también para alimentarse de ellos.

En un contexto similar, el apóstol llamó a los cristianos de Colosas, a “vestirse” con las virtudes de la **“compasión, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia”** (Colosenses 3:12). Una vez más, Pablo ilustra la necesidad de la paciencia, señalando los conflictos en la comunidad cristiana. Según Pablo, si un cristiano tiene una queja en contra de otro, debe responder con paciencia, dispuestos a sufrir pérdidas en lugar de dañar la reputación de la iglesia. Es claro que si no podemos ser pacientes con los hermanos, difícilmente lo seremos con otras personas.

Para los hermanos de Tesalónica, la instrucción de Pablo era absolutamente clara: **“Tengan paz entre ustedes”** (1 Tesalonicenses 5:13). Para lograr esta paz, Pablo instruyó a los tesalonicenses a **“ser pacientes para con todos”** (1 Tesalonicenses 5:14). Como un mandato, la paciencia llega a la conciencia como una cuestión de responsabilidad, pero es la comunión con el Señor la que produce el fruto. Ese es nuestro gran desafío.

Al igual que ocurre con todas las virtudes recibidas en Cristo, estamos obligados bajo el mandato divino a mostrar los frutos del Espíritu Santo, de los cuales la paciencia es una parte vital. El retrato bíblico de la paciencia no es el de mera conformidad o el de sobrellevar el tiempo fácilmente, mucho

menos debemos considerar a la paciencia como una acción inexcusable. Más bien diría que, al igual que los demás frutos, evidencia el carácter de Cristo, por eso es capaz de producir redención.

¿Por qué podemos considerar a la paciencia como un fruto para la redención? Bueno, porque nos libra de la ansiedad, y del afán de la vida, tal como Pablo enseñó (**Filipenses 4:6**). Porque nos libra de conflictos con hermanos, con familiares y con gente de nuestro entorno. Porque es de buen testimonio ante todos, y porque ese buen testimonio simplemente puede hacer que muchos crean.

“Y que el Dios de la paciencia y del consuelo les conceda tener el mismo sentir los unos para con los otros conforme a Cristo Jesús”

Romanos 15:5



Capítulo siete

EL RESPLANDOR DE LA BENIGNIDAD

“Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros”

Colosenses 3:12 y 13

La benignidad se refiere a los valores de algo o alguien que es considerado bueno en su esencia. La palabra benigno deriva del latín *“benignus”* compuesto por los vocablos *“bene”* que significa “bueno” y *“genus”* que indica “nacido”, por lo tanto, etimológicamente significa que es algo concebido o creado para el bien. Con lo cual, sabiendo de nuestra vida en Cristo, de nuestra regeneración y nuestra comunión con Él, queda claro que la benignidad es un fruto del cual no podemos prescindir.

Las personas que expresan benignidad, tienen cualidades positivas como la simpatía, la comprensión, la buena voluntad, la paciencia y el amor por las personas de su entorno. En general, son considerados como individuos de buen corazón, que actúan vinculados a buenas intenciones, siendo sinceros, comprensivos y tolerantes.

La benignidad en la biblia se refiere a un comportamiento ejemplar que debemos tener como discípulos de Cristo, evidenciando la gracia que mana en nuestro ser, y los valores que vamos cosechando de la impartición de la verdad vivificada por el Espíritu Santo. Además, la benignidad también es una forma de dar testimonio de nuestra fe. Al practicar la benignidad, mostramos al mundo la transformación que Dios ha hecho en nuestros corazones, y cómo su amor nos impulsa a amar a los demás, de la misma manera en la que Él nos ha amado.

“Me diste asimismo el escudo de tu salvación; Tu diestra me sustentó, y tu benignidad me ha engrandecido. Ensanchaste mis pasos debajo de mí, y mis pies no han resbalado”.

Salmo 18:35 al 36

La benignidad está estrechamente relacionada con la esencia divina. El Señor muestra esta cualidad a todos los seres humanos, incluso a los ingratos e inicuos (**Lucas 6:35**). Por ejemplo, Dios ***“hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos”*** (**Mateo 5:45**). Así, pues, incluso quienes no reconocen que Él los ha creado se

benefician de todo lo que les ha suministrado para la vida, y disfrutaban de cierto grado de felicidad y abundancia.

Por supuesto, así como Dios ha tratado con benignidad a los impíos, siempre lo ha hecho con aquellos predestinados para interactuar en Su propósito eterno. Lo hizo con hombres como Abraham, Isaac, Jacob, José, Moisés, Josué, así como con cada juez, con cada rey, con cada sacerdote y con cada profeta que lo honró con su compromiso.

Lógicamente, durante su ministerio terrenal, a Jesús también se le conoció por ser considerado y amable con los demás. Nunca fue duro ni dominante con nadie, solo fue firme con los religiosos que actuaban con tanta malicia. Jesús siempre fue movido por la empatía y una inigualable benignidad. Él dijo: ***“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”*** (Mateo 11:28). Por esta razón, las personas lo seguían a todas partes. La compasión lo llevó a alimentarlas, a sanar a los enfermos, a liberar a los cautivos y a enseñarles sobre el Reino.

Jesús siempre recibía con amabilidad a quienes lo buscaban, aunque a veces no fuera el momento más conveniente para Él (Lucas 9:10 y 11). Jesús convirtió agua en vino en una boda, tan solo porque su madre se lo pidió. Siempre estuvo involucrado con los intereses de las personas, aunque a la par de Su propósito parecían intrascendentes. Él consoló a los abatidos, compartió la mesa con los pecadores, y se conmovió por el dolor de todos.

En una ocasión, una mujer que sufría de flujo de sangre desde hacía doce años se le acercó y le tocó Su manto con la esperanza de sanarse. Ella no podía hacer eso, porque no estaba limpia según la Ley (**Levítico 15:25 al 28**). Pero Jesús no la regañó. En vez de eso, con compasión le dijo a la asustada mujer: *“Hija, tu fe te ha hecho salva; ve en paz, y queda sana de tu azote”* (**Marcos 5:34**). Jesús siempre parecía ir un poco más allá de lo esperado.

Sus ejemplos nos dejan en claro que la benignidad es una cualidad que se debe demostrar con acciones. Para recalcar la importancia de que actuemos, Jesús contó la parábola del buen samaritano. Aunque los samaritanos y los judíos se llevaban muy mal, el samaritano de esta historia se compadeció de un judío al que habían asaltado, golpeado y dejado medio muerto en el camino. Decidió tratarle las heridas, llevarlo a una posada y pagarle al dueño para que lo cuidara. Hasta se ofreció para costear cualquier otro gasto que fuera necesario (**Lucas 10:29 al 37**).

Jesús enseñó esta historia para que los judíos comprendieran que el prójimo eran todos, incluso los extranjeros. Es verdad que en el Antiguo Pacto, encontramos que Dios mismo les había ordenado no juntarse con extranjeros, pero todo eso fue por causa de la preservación. Con la llegada del Hijo, todo cambió, y Su gracia se extendió a todas las naciones de la tierra.

Por otra parte, es cierto que la benignidad se demuestra con acciones, pero también se expresa con palabras que

reconfortan y animan. En efecto, aunque la congoja en el corazón del hombre lo abate, la Biblia dice que **“la buena palabra lo alegra” (Proverbios 12:25)**. La benignidad y la bondad nos moverán a animar a otros con palabras consideradas, que los hagan felices y les demuestren que nos interesamos en ellos. Esto les dará más fuerzas para enfrentarse a las dificultades de la vida **(Proverbios 16:24)**.

Todos los que vivimos en Cristo tenemos Su esencia, y todos podemos cultivar este hermoso y desafiante fruto de benignidad. Si queremos agradar por completo a Dios, no debemos procurar ser benignos con nuestras fuerzas, sino que debemos vivir bajo la dependencia del Espíritu Santo, porque solo Él puede hacer que seamos sinceros en la manifestación de Cristo, y no simples imitadores.

En ocasiones puede ser difícil hacer cosas buenas para los demás. Tal vez porque se oponen a nuestra obra, porque somos tímidos, porque somos inseguros, o porque seguimos luchando con la tendencia de ser egoístas. Pero podemos vencer estos obstáculos si buscamos la suministración del Espíritu Santo y tomamos como referencia las vivencias de Jesús **(1 Corintios 2:12)**.

Respecto de nuestro accionar, deberíamos preguntarnos: ¿Sabemos escuchar con empatía? ¿Estamos pendientes de las necesidades ajenas? ¿Cuándo fue la última vez en que hicimos algo bueno por alguien que no sea un familiar o un amigo muy cercano? Además, debemos ponernos metas, como conocer mejor a otros, en especial a

los hermanos de la congregación, para estar al tanto de sus circunstancias y necesidades. Luego, simplemente debemos hacer por los demás, lo que nos gustaría que hicieran por nosotros (**Mateo 7:12**). Es fundamental que pidamos a Dios que use nuestra vida, como un canal para manifestar Su gracia y Su amor al prójimo.

El apóstol Pablo también fue un buen ejemplo de alguien que hacía buenas obras para los demás. Ciertamente, parecía duro, o frío en sus escritos, pero incluso esa fue una manera muy práctica de mostrar su benignidad. La Biblia dice que *“recibía a todos los que a él venían”* (**Hechos 28:30**). Se interesaba por las personas y lo demostraba a través de lo que había recibido por gracia divina.

De manera personal, tuve que aprender lo que significaba el amor con propósito, ya que mi don de maestro, mis largas horas de encierro, para estudiar, escribir y elaborar los mensajes, me hizo pensar más de una vez que no tenía tanto amor por la gente como debería tener, fundamentalmente porque no pasaba mucho tiempo con ellos. Sin embargo, un día el Señor me demostró que ocuparme de fluir en el don que había recibido, era mi mejor manera de demostrar amor a las personas.

Fue entonces que comprendí, que la dedicación total, para dar por gracia, lo que por gracia había recibido, era la mejor manera de ayudar a muchos y demostrarles el verdadero amor de Dios. Si lo miramos naturalmente es mejor estar más tiempo con la gente que en íntima comunión

con el Señor, pero si lo miramos espiritualmente es al revés, mejor es pasar mucho tiempo en la presencia de Dios, porque al estar con la gente, en breves momentos podemos ser mucho más benignos con ellos, al darles lo que viene del cielo, lo cual es mucho mejor.

El apóstol Pablo les dio el siguiente consejo a los cristianos de Éfeso: ***“Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo”*** (Efesios 4:32). Una vez más encontramos el mismo principio, si no podemos ser benignos con nuestros propios hermanos en la fe, tampoco podremos serlo con todos los demás.

Cuando hacemos cosas buenas por los demás, reflejamos el cariño y la generosidad de Dios (**Efesios 5:1**). También fortalecemos las congregaciones y atraemos a otras personas a la verdad. Por eso, debemos esforzarnos por ser buenos canales de la esencia divina. El apóstol Pablo dijo:

“Haced todas las cosas sin murmuraciones ni discusiones, para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin tacha, en medio de una generación torcida y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo.”

Filipenses 2:14 y 15 LBLA

Como hijos de Dios, tenemos Su vida y Su naturaleza (**2 Pedro 1:4**), y como tales, somos como luminares que debemos reflejar la luz de Cristo. Por lo tanto, somos hijos de

Dios sin mancha, en medio de una generación torcida y perversa. No cabe duda de que la generación actual está deformada y torcida. En medio de esta generación, debemos resplandecer como luminare.

Podemos hablar de manera brillante, y podemos brillar a través de los dones recibidos, pero el mayor resplandor para brindar al mundo, es el fruto de la benignidad, porque es lo que puede redimir a una sociedad maligna. Es decir, el mal ha producido oscuras prisiones para esta sociedad, pero si la Iglesia logra expresar la benignidad que suministra el Espíritu Santo, abriremos la puerta para la redención.

“Por tanto, somos embajadores de Cristo, como si Dios rogara por medio de nosotros; en nombre de Cristo os rogamos: ¡Reconciliaos con Dios!”

2 Corintios 5:20



Capítulo ocho

LA FE QUE REDIME

“Porque todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe”.

1 Juan 5:4

Como hemos visto en cada capítulo, los frutos son el resultado natural de la presencia del Espíritu Santo operando en nuestro interior. **Filipenses 2:13** dice: *“pues Dios es quien produce en ustedes tanto el querer como el hacer para que se cumpla su buena voluntad”*. Nosotros no podemos hacer nada bueno por nuestra propia cuenta. Como también dice **Hebreos 13:20 y 21**, *“El Dios que da la paz, que él los capacite en todo lo bueno para hacer su voluntad”*. Dios cumple esto por medio del Espíritu Santo, y es importante volver a mencionarlo, porque toda persona tiene fe, pero no todos tienen el fruto.

Cuando la gente dice tener fe, no está mintiendo, porque hay una fe natural, una fe del alma, por medio de la cual, las personas pueden creer en falsas deidades, en ellos

mismos, o en determinadas circunstancias de la vida, pero esa fe, nada tiene que ver con la fe que Dios otorga (**Romanos 12:3**), o con la fe mencionada por Pablo como fruto del Espíritu.

En la Biblia, la palabra griega traducida como “fe” es “*pistis*”, que también puede traducirse como “*fidelidad*” como lo hace la Nueva Versión Internacional (NVI). De hecho, según el comentario bíblico Zondervan, su significado en **Gálatas 5:22** apunta más bien hacia el de confianza o seguridad. Por supuesto, la definición bíblica más clara de “*pistis*” se encuentra en **Hebreos 11:1**, donde dice: “*Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve*”.

Debemos recordar que en el Nuevo Pacto, jamás se habla de la fe como si fuera una simple actitud mental, sino que es presentada como el medio para el cumplimiento legal de las demandas del Reino. Por tal motivo, la fe tampoco se desprende de sentimientos personales, sino que proviene del fluir de la vida de Dios; por eso también es un fruto.

La Biblia también nos enseña que, así como sucedió con Abraham, nuestra fe se desarrolla a medida que comprobamos la fidelidad de Dios respecto de sus promesas (**Romanos 4:18 al 22**). Sin embargo, el ejemplo del llamado padre de la fe, quien por creer fue considerado justo (**Santiago 2:23**), no alcanza para la plenitud que podemos obtener nosotros, a través de la fe otorgada en el Nuevo Pacto.

Cuando se menciona la fe de Abraham, debemos comprender que es como si a él le hubiera funcionado andando en bicicleta y nosotros transitamos el Reino sentados en un Ferrari. Por supuesto, esto habla muy bien de Abraham, quien llegó a ser el padre de la fe, y ni siquiera tuvo una Biblia. Nosotros tenemos Biblias en todas las versiones, comentarios, diccionarios, concordancias, libros y todo tipo de materiales, además de tener lo más importante que es la persona del Espíritu Santo habitando nuestro ser, y aun así llegamos a dudar en muchas ocasiones.

El Señor habló varias veces con el patriarca Abraham, y seguramente el Espíritu suministraría su vida en algunas ocasiones, pero hasta que llegó el tiempo del Nuevo Pacto, el Espíritu Santo, no habitó en personas. Se manifestó en el monte, en el tabernáculo de Moisés, en el tabernáculo de David, en el templo de Salomón y sobre algunos jueces, profetas, sacerdotes y reyes, pero nunca hizo morada en una persona tal como lo hizo en Jesús, y a partir de Él, en cada uno de nosotros, que somos sus hijos renacidos.

Esto hace muy noble la tarea de cada uno de los héroes de la fe, mencionados en **Hebreos 11**, porque ellos vivieron en la precariedad de pactos muy limitados. Nosotros somos ministros competentes del Nuevo Pacto, y la competencia, tal como hemos visto en el segundo capítulo de este libro, viene por vida, viene por el Espíritu Santo, no por nuestras humanas virtudes.

Nuestra fe no es tan simple como la de ellos; nuestra fe contiene la esencia del Señor y viene a nosotros por vida, no solamente por palabras, escritos o experiencias. El Señor nos imparte Su voluntad, vivificando cualquiera de Sus expresiones, y en esa impartición somos alumbrados para creer (**Juan 1:4**). Por lo tanto, nuestra fe *“Es por vida, para que sea considerada justa ante el Señor”*.

Esta fe que podemos evidenciar, como un fruto del Espíritu, es muy importante, porque está viva y eso la hace diferente a la fe que la gente sin Dios dice tener. Cuando la expresamos con palabras o con hechos, produce en otros, un rompimiento en las limitaciones mentales. Nuestra fe, cuando está viva, es un fruto para la redención, porque la vida de Cristo, es vida de resurrección.

Hoy en día, mucha gente vive en la impiedad, y en la incredulidad. Están atrapados por la muerte espiritual, por lo tanto, no caminan en luz, no logran ver la verdad, y sin verdad solo hay cautividad. La manifestación de todo fruto espiritual, es vida, es luz y es verdad; por lo tanto, puede generar libertad en muchas personas.

Como enseñé anteriormente, hay una llegada a lo profundo de los corazones, que nada tiene que ver con nosotros. Hay accesos que solo Dios puede transitar en la vida de las personas, pero nosotros, como cuerpo de Cristo, tenemos la obligación de fructificar, no solo para mostrar el fruto, sino para otorgar la posibilidad a que el Señor alimente con él, a quien quiera alimentar.

La Iglesia no es un canal de redención al mundo, por tener grandes salones de reunión, ni por tener grandes carteles, o hacer incontables eventos, lo somos por manifestar la vida de Dios, y los frutos son el resultado de esa vida. Los muertos no pueden tener hijos, porque los hijos son el fruto de la vida. La religión tampoco puede fructificar porque solo está basada en obras muertas.

El Reino es la vida porque se encuentra en el Nuevo Hombre, no hay Reino fuera de Él, y Él es la resurrección y la vida (**Juan 11:25**). La fe verdadera va mucho más allá de creer en algo, como dice Pablo, es un camino de vida: *“por fe andamos, no por vista”* (**2 Corintios 5:7**).

Es muy impactante para las personas, ver a los cristianos, vivir una fe inquebrantable. Cualquiera dice creer y eso no sorprende ni conmueve a nadie, pero cuando hay un cristiano capaz de sostener de manera muy firme sus convicciones, no solo es respetado, sino que es considerado con gran seriedad.

Obviamente, al igual que le ocurrió a Jesús y a los discípulos del primer siglo, hay quienes atacan a los verdaderos hijos de Dios. Como hemos visto, esa hostilidad es lógica y al mismo tiempo es naturalmente inexplicable, solo la realidad espiritual genera la explicación que debemos asumir. El solo hecho de ser embajadores de Cristo nos hace blancos de oscura hostilidad.

En **Tito 1:9**, Pablo también nos enseña que la fe implica lealtad, pues una de las cualidades necesarias en un ministro es ser *“retenedor de la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen”*; es decir, ser leal a las enseñanzas de la Palabra de Dios.

Ser retenedores de la Palabra, para también exhortar con sana enseñanza, y aún convencer a los que contradicen la verdad, es un desafío que deberíamos asumir todos los hijos de Dios. Lamentablemente, hoy en día, hay muchos hermanos que transitan la fe de manera muy tibia, y no los estoy juzgando a ellos, sino que simplemente puedo ver sus actitudes, y sé que, en muchas ocasiones, ni la gente de su entorno sabe que son verdaderos cristianos.

Curiosamente, eso está visto por muchos, tal como si fuera una virtud. Quienes piensan así, dicen que la gente no los identifica, porque no se comportan de manera religiosa, porque no son legalistas ni raros, pero yo no estoy de acuerdo con esa apreciación. Por supuesto que no defiendo la religiosidad, ni propongo que nos comportemos como gente cerrada o extremista. Jesús es nuestro ejemplo, y Él pudo compartir en todo lugar y con toda persona, sin cuestionar ni horrorizarse por el pecado de otros.

Lo ideal es vivir y comportarnos como Jesús; no hay dudas de eso. Él fue considerado como amigo de pecadores, compartió muchos momentos con ellos, y todos lo amaban; sin embargo, Él nunca pecó. Por supuesto, también recibió

ataques hostiles, pero es claro que esa hostilidad fue producida por una unción genuina, no por simples actitudes religiosas de Su parte. La idea no es que nos rechacen por intolerantes, sino por causa de una unción verdadera. La unción puede bendecir a muchos, si es que sabemos comportarnos normalmente con ellos y, por otro lado, tal vez puede generar malestar en algunos.

Muchos hermanos me han consultado con preocupación que padecen el no sentir la presencia de Dios. Como resultado de ello, me dicen que buscan a Dios con todo su ser, pero muchas veces se frustran, porque no obtienen resultados y no creen estar expresando la unción que desean. En realidad, la fe no consiste en percibir la presencia de Dios, ni en sentirnos empoderados en la unción, tampoco significa amar a Dios de una manera almática y emotiva. La vida del Reino es simple, el justo vive por la fe, y eso no implica sentir nada, sino conocer la verdad y vivir por ella.

Cuando alguien no cree estar ungido por causa de no sentir algo, lo único que está haciendo es dudando. La mejor manera de vivir por la fe, es creer en la gracia que nos envuelve cada día, sintamos o no sensaciones especiales. Si pretendemos penetrar el sistema con la unción, solo debemos cuidar nuestra comunión íntima con el Señor, y todo lo demás fluirá cuando deba fluir, sea que sintamos algo o no.

Por otra parte, la fe abre camino a lo sobrenatural y eso es clave para la manifestación del Reino. El autor a los hebreos escribió: ***“Por fe conquistaron reinos, hicieron***

justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron valientes en la guerra, pusieron en fuga ejércitos extranjeros. Las mujeres recibieron sus muertos mediante resurrección...” (Hebreos 11:33 al 35). Solo debemos creer en Dios y tener fe, y avanzar por sendas de justicia. Entonces nos encontraremos produciendo hechos sobrenaturales, sin pretenderlos y sin buscarlos. Cuando caminamos en Su voluntad, las cosas que glorifican Su nombre, simplemente ocurren.

Si vivimos por la fe, no sabemos cómo ni cuándo, pero la gloria de Dios nos rodeará en momentos claves. Es posible que nosotros mismos no veamos, o no seamos conscientes de lo que portamos, pero así es la vida del Reino. Moisés no se dio cuenta de que su rostro resplandecía, pero aquellos que vieron su gloria no pudieron ignorarlo. Algunos se gozaron en lo que estaban viendo y pudieron creer, mientras que otros lo rechazaron y le pidieron que se tapara la cara.

Con buenas intenciones, algunos hermanos me preguntan, qué pueden hacer para tener más fe, y yo simplemente les digo que reconozcan la fuente que la produce. No podemos nosotros generar fe para vivir en lo sobrenatural, lo que debemos hacer es procurar una constante y profunda comunión con el Señor y punto. Todo lo demás se producirá por la dinámica de Su presencia, con sentimientos o sin sentimientos, porque no se trata del alma, sino de la vida espiritual que portamos.

Aquellos que, por la fe, conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, sacaron fuerzas de debilidad, o se hicieron valientes en la guerra, no fueron héroes porque hicieron estas cosas, sino porque creyeron y al vivir por la fe, Dios hizo cosas extraordinarias a través de sus vidas.

Esta gente no andaba por la vida, buscando con quién pelear, o cómo hacer algo impactante. Simplemente, caminaron creyendo y honrando la presencia de Dios con sus vidas; lo demás, los tuvo casi como espectadores. Incluso estoy seguro de que muchos de ellos, ni siquiera fueron conscientes de lo trascendentales que fueron sus hechos.

Personalmente, he vivido algunas experiencias con Dios, que en el momento no me parecieron fantásticas, más bien las sentí como la asistencia de Dios en mis tristes debilidades. Sin embargo, con el tiempo, las he contado en alguna enseñanza, y recién ahí, al escucharme testificar, me doy cuenta de que ciertamente lo sucedido, fue algo sobrenatural y conmovedor.

Incluso, me ha sucedido muchas veces, que al enseñar, o al orar por personas, han ocurrido cosas extraordinarias, pero yo ni siquiera me he enterado hasta varios años después. Es decir, hay gente que testificó públicamente lo que Dios hizo en sus vidas, y yo ni me enteré, aun siendo el canal usado para tal manifestación.

Los hechos de la fe, ciertamente, nos exceden. Uno nunca sabe a quién está tocando Dios a través de nosotros. No es algo que debemos procurar, ni forzar; estas cosas ocurren solo por causa de la unción que portamos, y eso es todo lo que debemos valorar y cuidar.

Vivir en el poder de la fe, no es primeramente creer que Dios hará determinadas cosas, más bien es creer en Él, en Su presencia, en Su gracia, en Sus promesas y en la realidad en que vivimos en Cristo. Luego, sin dudas, ocurrirán cosas, pero ese no debe ser nuestro objetivo, sino la consecuencia lógica de caminar en Él.

Cuando vivimos en la fe, cuando vivimos en la unción, se producen libertades en las personas. Muchos de los que se relacionaron con Jesús en los días de Su carne, fueron redimidos del temor, de la angustia, o de la desilusión. Cuando la gente se relaciona con un embajador de Cristo, lleno de la unción y manifestando el fruto de la fe, también será redimida de circunstancias adversas y de penosas realidades.

Jesús no despertaba por las mañanas pensando qué milagro podía hacer. Él simplemente procuraba buscar la voluntad del Padre bajo la guía del Espíritu Santo, luego veía las muchas cosas que sucedían a través de Su vida. Nosotros somos embajadores de Cristo, somos sus representantes, es por eso que debemos seguir Su ejemplo.

No debemos enfocarnos en las cosas que Dios puede hacer, sino en Su presencia. Debemos caminar aferrados a Él, tal como una rama a su árbol, entonces y simplemente por impartición de vida, daremos frutos, tendremos fe y ocurrirán cosas dignas de ella. Será entonces que, sin pensarlo y sin buscarlo, mucha gente se alimentará y recibirá libertad de la opresión y de las necesidades que padecen.

“Y por la fe en su nombre, a éste, que vosotros veis y conocéis, le ha confirmado su nombre; y la fe que es por él ha dado a éste, completa sanidad en presencia de todos vosotros”.

Hechos 3:16



Capítulo nueve

VIVIENDO BAJO GOBIERNO DIVINO

“Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas”

Mateo 11:29

El yugo es un conocido instrumento de labranza que sirve para unir a dos bueyes o mulas en una yunta, formado por una pieza alargada de madera con dos arcos que se ajustan a la cabeza o el cuello de los animales y que, sujeta a la lanza de un carro o el timón de un arado, permiten que los animales tiren de ellos. En los dichos de Jesús, significa la sujeción o la sumisión que debemos tener (**Jeremías 5:5**).

Cuando Jesús dijo, *“Llevad mi yugo sobre vosotros”*, nos está invitando a vivir unidos a Él, sujetos a Su voluntad, quién a su vez, siempre labora conforme a la voluntad del Padre. El yugo de Cristo “es ligero”, es decir, si nos unimos a Él, nos aligera nuestra carga. Porque si uno de los bueyes

es fuerte y experimentado, facilitará su trabajo al más débil o inexperto y lo aliviará.

Su yugo no es una cuestión de peso, sino de dirección. Dejarnos dirigir, es vivir Reino, es hacer la voluntad del Padre con la fuerza y las capacidades de Cristo. Por otra parte, Jesús aclara que la forma correcta de hacerlo es con mansedumbre y humildad de corazón. Aquí la palabra corazón tiene un significado actual que identifica la sede de los sentimientos, particularmente de los sentimientos amorosos.

También indica la interioridad o integridad de la persona, por ejemplo, cuando alguien dice: “te lo digo de corazón” o “te lo doy de corazón”, hace referencia a la sinceridad y a la benevolencia en oposición a la hipocresía y a la superficialidad. Cuando no hay sinceridad en la entrega, no hay entrega para Dios.

Respecto de la palabra mansedumbre, entendemos la condición de manso. Se refiere a la docilidad, suavidad o benignidad en el carácter o en el trato de una persona. La mansedumbre es un valor altamente apreciado, pues implica una gran humildad y autocontrol, así como una gran obediencia.

La cultura actual suele confundir la mansedumbre con debilidad, sin embargo, ante Dios es todo lo contrario, porque los mansos son impartidos con una gran fuerza interior por Su Espíritu, y provistos de una enorme convicción para

enfrentar situaciones difíciles sin recurrir a simples sentimientos o artimañas personales.

Es interesante también, comprender lo que Jesús entendía por mansedumbre. En el sermón de la montaña, Él declaró: ***“Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad”*** (Mateo 5:5). La humildad está emparentada con la actitud reverente y confiada en Dios. Esto no significa tener actitudes providencialistas, que evaden la responsabilidad propia, sino vivir practicando la confianza en Dios, sabiendo que todo depende de su providencia, pero exaltando la gestión de la fe.

Ahora bien, podemos entender el valor de la mansedumbre y de la humildad de corazón por los efectos que Jesús anticipa diciendo: ***“encontrarán descanso”***. En este punto puede venirnos a la mente la reflexión de **Isaías 49:4**, versión Lenguaje Sencillo, que dice: ***“En realidad, lo que hago es gracias al poder de Dios, y ya Él ha preparado mi recompensa...”***

Sin dudas, la mansedumbre y la humildad, manifiestan confianza en el Señor y en Su soberanía. A su vez, esto produce templanza, porque quien confía no se altera, ni se afana como tanta gente hoy en día. De hecho, es muy llamativo para la sociedad actual, encontrar a personas con absoluta templanza.

La templanza está relacionada con la sobriedad o moderación de carácter. Una persona con templanza

reacciona de manera equilibrada ante cualquier circunstancia, ya que goza de un considerable control sobre sus emociones y es capaz de dominar sus impulsos. Esto, en los hijos de Dios, es generado por la revelación del poder y la soberanía divina, y como hemos visto, respecto de los demás frutos, tampoco es una cuestión del alma, sino de vida espiritual.

“No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal”.

Mateo 6:31 al 34

La gente sin Dios se afana constantemente por todas las situaciones de la vida, pero gracias a Dios, la confianza de los mansos, y la templanza de los humildes, es lo que nos caracteriza a quienes hemos recibido la gracia divina. La presencia del Espíritu Santo en nosotros y Su obra permanente, hace que podamos acceder al descanso para nuestra alma. Ese descanso está estrechamente vinculado con el gobierno de Dios. Es decir, cuando nos dejamos guiar, y sabemos que Dios ha determinado nuestro caminar, también llegamos a comprender, que el éxito está asegurado.

Buscar primeramente el Reino de Dios y su justicia, debe ser la regla de nuestra vida al ordenar nuestras prioridades. Sin embargo, es equivocado pensar que esta es solo otra prioridad para añadir a nuestra lista. No es otra asignación, es la única y la primera. Si hacemos esto, todo lo demás se irá acomodando conforme Dios lo determine.

La palabra utilizada en este texto para referirse al Reino, es la palabra griega “*Basileia*”, que significa gobierno o ámbito. Primeramente, se refiere a buscar vivir bajo el gobierno y voluntad de Dios, porque de Él emanan todas las cosas o añadiduras. Esta palabra viene de la raíz “*basileús*”, que refiere al “cimiento de Poder”, Reino. Pero este vocablo, a su vez, deriva de “*básis*”, que significa “pie”, por implicación pasos. Es decir, vivir bajo el gobierno de Dios, es vivir permitiendo que Él guíe nuestros pies, nuestro caminar, nuestros pasos.

La segunda palabra que bien podemos analizar, es la palabra “añadiduras”, que proviene de la palabra griega “*prostídsemi*”, que significa agregar, colocar adicionalmente, es decir, poner al lado. Esta palabra deriva de “*pros*”, que significa acercar, y la palabra “*tídsemi*”, que significa encargar. Así, entendemos que vivir bajo el gobierno de Dios es permitir que Él nos agregue, nos acerque, o nos permita obtener las añadiduras necesarias, supliendo para cada necesidad en nosotros (**Filipenses 4:19**), pero de acuerdo a Su voluntad y Su propósito.

Jesús nos recuerda que nuestro bienestar natural está previsto por el Padre, que no es necesario que le brindemos demasiadas atenciones. Además, no solo enseñó que no debemos afanarnos, sino que debemos remplazar el afán por una búsqueda fundamental, que es el gobierno de Dios sobre nuestras vidas. Un patrón de pensamiento tan común en la sociedad actual, solo puede ser suplantado por un patrón de pensamiento mayor y seguro, que en este caso es el del Reino de Dios.

Lo que Jesús demanda es, por lo tanto, un compromiso primario para encontrar y hacer la voluntad de Dios, para aliarse completamente con Su propósito, y la promesa es que todas las cosas por las cuales las personas se afanan, nos serán añadidas. Ciertamente es como decir: *“En el Reino, vestido, alimento y abrigo están incluidos...”*

Como hijos de Dios, cuando nos enyugamos con Cristo, tenemos derecho a Su dirección y a Sus virtudes. Cuando actuamos con mansedumbre y humildad, encontramos descanso para nuestra alma afanada. Cuando descansamos en Él, evidenciamos templanza, porque podemos estar seguros de la provisión divina, a la vez que nuestro enfoque, solo está en comprender Su voluntad y gestionarla.

Cuando hacemos esto, cuando vivimos así, la gente lo verá y sin dudas serán impactados por eso, porque no hay gente que sepa descansar en Dios, a pesar de cualquier circunstancia presente. De hecho, debo admitir con tristeza,

que muchos cristianos, también están afanados, y asustados cuando enfrentan ciertas crisis.

En mi país, Argentina, estamos viviendo diferentes crisis desde hace ya varios años. Desde 1885, hemos tenido una recesión cada cuatro años, y desde 1975 hemos padecido, en total, cinco crisis y quince recesiones. Eso es muy frustrante, e inevitablemente genera en la gente una actitud temerosa y cortoplacista.

Cuando decimos que pasamos dieciséis años de recesión en los últimos treinta y cinco años, quiere decir que una persona que comenzó a trabajar a los veinte años, y que hoy tiene cincuenta y cinco, ha pasado más del 40% de su vida laboral en recesión. Esto genera personas afanadas y cargadas, dentro de los cuales, también hay muchos cristianos.

No debería ser así, pero se nota al hablar. Recordemos que de la abundancia del corazón habla la boca (**Lucas 6:45**). Basta con escuchar el continuo comentario de los hermanos y puedo asegurar que no es diferente al de cualquier persona preocupada. Esto no es inocente, porque lo que evidencian es, estar más bajo el gobierno del sistema, que bajo el gobierno de Dios.

Los gobiernos son los que determinan el bienestar de sus gobernados. Si observamos esto de manera natural, veremos qué, buenos gobiernos generan ciudadanos prósperos y felices; malos gobiernos, generan gente pobre y

amargada. Eso pasa en una nación, en una empresa, en una familia y en todo ámbito bajo gobierno.

Ahora analicemos que el mundo entero está bajo el gobierno de las tinieblas (**1 Juan 5:19**), menos la Iglesia, que vive bajo el gobierno de Dios (**Efesios 4:5 y 6**). Es claro que no es lo mismo que nos gobierne el diablo, a que nos gobierne Dios. Debería haber una diferencia abismal y exagerada. No es lo mismo vivir bajo la bendición y la luz, que vivir bajo la maldición de las tinieblas. Sin embargo, parece que hay hermanos que no se han dado cuenta de eso, y viven creyendo en Dios, pero sin salir del sistema natural que los gobierna.

Si queremos liberar a los oprimidos por el sistema, primero debemos ser libres nosotros mismos. Moisés nunca fue un libertador, hasta que primeramente no fue alcanzado por la libertad divina (**Hechos 7:35**). Si deseamos ser libertadores de gente oprimida por la esclavitud del sistema actual, primero debemos salir nosotros del sistema, y créanme, que no salimos mudándonos de territorio, sino viviendo bajo el gobierno de Dios.

El sistema nos ha enseñado a pelear contra las circunstancias, nos ha enseñado que si no hacemos algo con nuestras fuerzas, no saldremos adelante, pero en el Reino, todo es al revés. No me refiero a vivir en pasividad, esperando sin hacer nada, me refiero a vivir en fe, dependiendo de la dirección de Dios, de Su soberana provisión y de Su extraordinaria gracia.

Ser mansos, ser humildes y tener templanza, es vivir en fe, confiando absolutamente en el Dios que nos sostiene. Dar testimonio de paz y seguridad, en medio de cualquier crisis, hará que los testigos deseen y pregunten, cómo hacer, o qué hacer, para vivir también ellos en esa libertad.

La gente quiere ser libre y gimen como palomas asustadas, pero no saben cómo hacer. Nosotros somos embajadores de Cristo, somos la luz del mundo, somos los canales de bendición para mostrar una libertad posible y palpable. Se supone que vivir en la persona de Cristo nos otorga una inigualable ventaja respecto de cualquier otra persona sin luz.

Como dijo hace cientos de años, el famoso teólogo neerlandés Erasmo de Rotterdam: *“En el país de los ciegos el tuerto es rey”*. Es decir, que una persona mediocre en bondad, inteligencia, conocimiento, aptitud, habilidad o en cualquier otro aspecto, destacará con respecto a otras que lo posean en menor medida. Tal vez con esta frase, este pensador estaba emparejando hacia abajo, y no es mi intención, porque no apunto a ser mediocres, sino excelentes en todo, pero debemos asumir que al menos, con una pequeña medida de Reino, debería bastarnos para ostentar una gran ventaja.

Nosotros fuimos trasladados, del reino de las tinieblas, al Reino de la luz, y la revelación de semejante gracia, nos permitirá vivir sus privilegios, siendo referentes para todo nuestro entorno. Pero tal cosa, no se produce por ser

evangélicos practicantes, no se produce porque vamos a la Iglesia y tenemos una Biblia, se produce por vivir el Reino, con mansedumbre y humildad.

El fruto del Espíritu, o cada una de las composiciones de ese fruto, son testimoniales, son como lámparas encendidas que señalan un camino hacia la libertad. Es verdad, que la redención es producida por el obrar divino, es cierto que el Redentor ya ejecutó Su obra magistral. Es cierto que Su gracia y Su soberanía definirán libertades eternas, pero nosotros, tenemos una gran responsabilidad.

Nosotros debemos manifestar el Reino, evidenciando la fructificación, porque dichos frutos son la expresión del evangelio a través de la vida. El mundo no necesita mensajes muertos, necesita algo diferente, necesita la vida, porque lo que no tiene vida, no puede pertenecer al Reino.

La evidencia de la vida divina en nosotros, son los frutos, es por eso que operan como portales para la redención. Cuando un hambriento ve un fruto, sabe que será liberado de su aflicción. El mundo padece el odio, la amargura, la tristeza, la violencia, la impaciencia, el afán, la incredulidad, el desenfreno y la maldad, nosotros podemos mostrarle la salida a través del fruto del Espíritu.

El amor divino, el gozo espiritual, la paz que sobrepasa todo entendimiento, la paciencia, la benignidad, la bondad, la fe, la mansedumbre y la templanza espiritual, son el diseño de Dios para mostrarle al mundo la verdad del evangelio del

Reino. Si hay unción, habrá vida y si hay vida hay esperanza para este mundo perdido.

No hace falta una religión más, hace falta gente verdaderamente ungida, y eso no se manifestará en la sociedad solamente por los dones, sino más bien por los frutos. Como cristianos siempre estamos buscando funcionar en los dones para demostrar al mundo el poder del evangelio. En la nación de Dios, no hay poder más grande que ver a sus ciudadanos, buscando y pidiendo vivir bajo el gobierno de Su Rey Eterno.

Los dones producen milagros y ciertamente son muy buenos y necesarios, pero si queremos ser verdaderamente efectivos, debemos mostrar los frutos, porque los dones pueden ser imitados por Satanás, pero los frutos espirituales no. Un milagro puede impactar y ciertamente dejará un testimonio, pero Jesús dijo que nos establecía para dar fruto y para que nuestro fruto permanezca (**Juan 15:16**), lo cual es mucho más efectivo.

La gente no está buscando a Dios (**Romanos 3:11**), la gente solo busca soluciones para sus problemas, con lo cual, si reciben un milagro, venga de donde venga, lo aceptarán como legítimo con toda alegría. No necesitan más que ver el resultado y estarán satisfechos, aunque el milagro venga de un falso ministro. Sin embargo, si ven frutos espirituales, podrán creer, porque les bastará con probarlos, para detectar fácilmente si son legítimos o no.

Reitero este concepto: *“Siempre repetimos que por los frutos seremos conocidos, pero conocer los frutos, no solo implica verlos, sino también comerlos...”* Mi esposa tiene un negocio en el que vende diferentes frutas, y todos los días van muchas personas a comprarlas, pero no lo hacen con la intención de llevarse esas frutas para contemplarlas, sino para comerlas. Espiritualmente, puede parecernos novedoso este concepto, pero no es así.

Debemos aprender que los frutos se ven, pero también se comen, y quienes los comen, reciben vida. Observarlos no libera a nadie de nada, pero comerlos produce verdaderas libertades. Jesús se brindó al mundo, para que todos aquellos que quisieran, pudieran alimentarse de sus riquezas. Nosotros somos hoy, la expresión de Su cuerpo. Si la gente no puede comer verdadera comida y no puede beber verdadera bebida, es porque no estamos consumando nuestro propósito como deberíamos hacerlo.

Entendamos esto espiritualmente, pidamos al Padre revelación, y comprobaremos que la posibilidad que tenemos hoy, es inigualable. El mundo está cautivo, tiene hambre de justicia, de amor, de gozo verdadero, de paz y de bondad. Nosotros tenemos la salida, tenemos el alimento espiritual que todos necesitan, solo debemos salir de las estructuras religiosas, o de simples obras muertas, para entregarles la verdad y la vida.

Debemos volvernos a la búsqueda del Reino, a la comunión profunda con el Espíritu Santo, a la dependencia

divina, a la pasión por la unción, a la entrega total para la fructificación. Vale la pena permanecer en la "Vid", porque sin Él, nada podemos hacer, pero con Él, todo nos será posible, y el mundo nos necesita desesperadamente.

Jesús lo sabía, y se brindó sin límites, aunque muchos lo rechazaron. Nosotros debemos saberlo, definirlo y pagar el costo si es necesario, pero si tenemos frutos, es triste irnos de este mundo sin alimentar a nadie. Hay un tiempo para dar fruto y hay un tiempo para ofrecerlo al mundo. No permitamos que se nos pase la temporada, porque los años se van rápidamente.

El Señor esperaba frutos de Israel, y les demandó no producir en temporada (**Miqueas 7:1 al 17**). Al final se terminaron secando, y tendrán que esperar hasta ser injertados nuevamente para recibir el suministro de la vida y volver a fructificar. Nosotros estamos en nuestro tiempo, esta es nuestra temporada. Aferrémonos a la vida y demos, fruto para la gloria de Dios.

“No me escogieron ustedes a mí, sino que yo los escogí a ustedes y los comisioné para que vayan y den fruto, un fruto que perdure. Así el Padre les dará todo lo que le pidan en mi nombre. Éste es mi mandamiento: que se amen los unos a los otros”.

Juan 15:16 y 17 NVI



RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

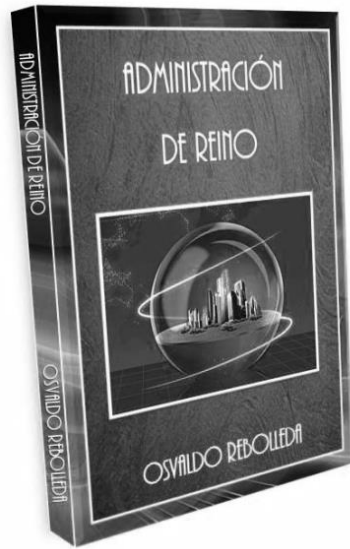
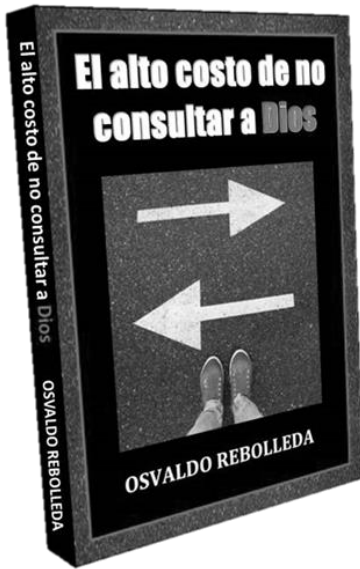
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)

Y ministra de manera itinerante en Argentina

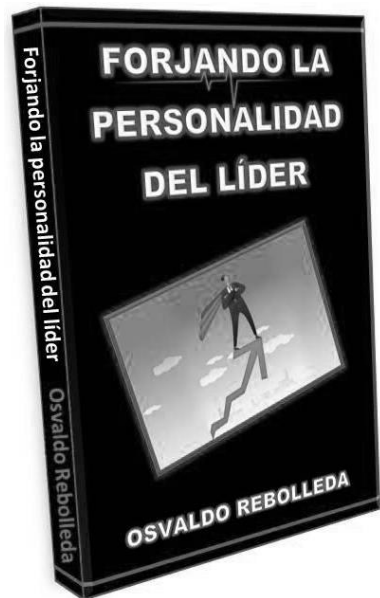
Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

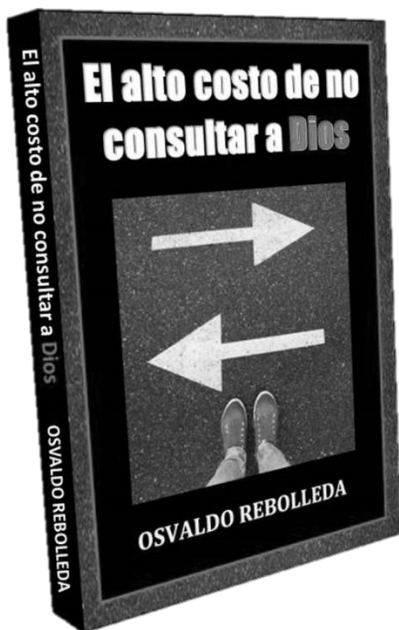


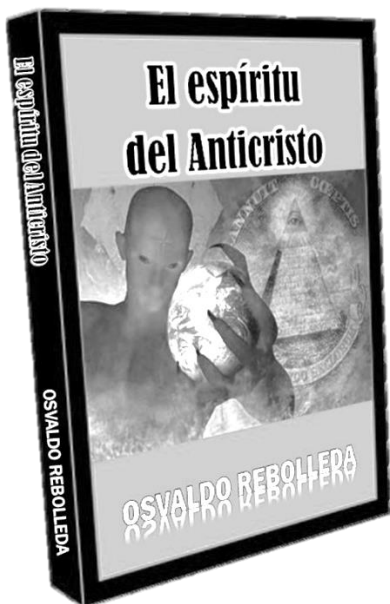
www.osvaldorebolleda.com



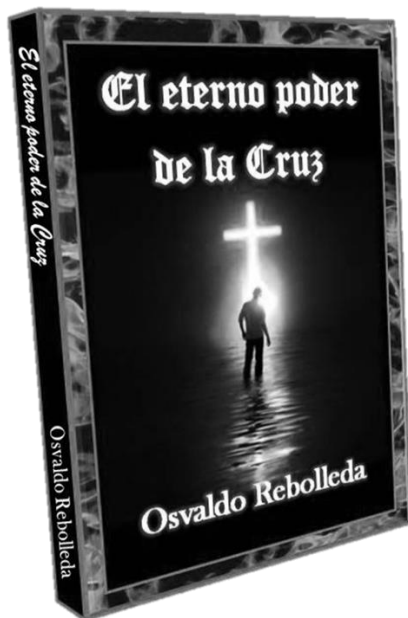
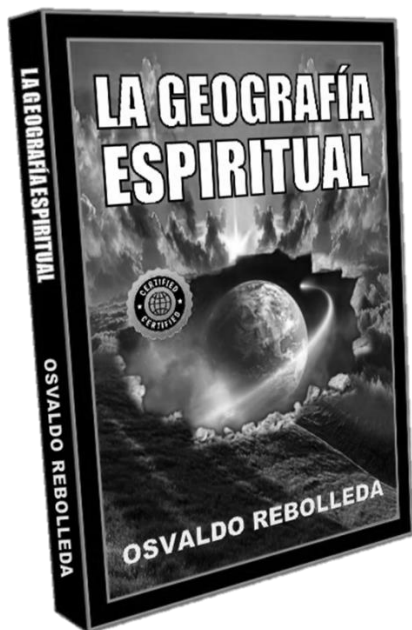


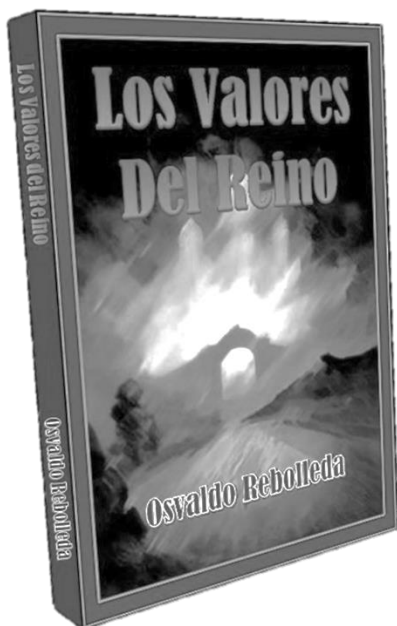
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

